

nes trabajosamente contruídos; arietes; minas con hornillos para volar sus fuertes; ataques impetuosos en seguida de efectuarse las voladuras; todo cuanto la pericia de los jefes aconsejaba y del valor de las tropas dependía, otro tanto se hizo para tomar la plaza, pero con poquísima ventaja, porque tras de un muro derribado aparecía otro contruído á prevención, y al proceder los nuestros al asalto, se veían atacados con impetuosidad irresistible. De este modo pereció el valeroso jefe de una de las columnas, D. Juan de Cáceres, á quien substituyó en el mando D. Pedro Almonte Verástegui.

El jefe de la expedición, sin desalentarse por estas dificultades, dispuso cercar la plaza. Los soldados y los polistas, bajo la entendida dirección de Almonte, construyeron en solos tres días un fuerte que dominaba las fortalezas enemigas, al que hubo necesidad de llevar á hombros los cañones.

Concluído que fué llamó la atención de los moros por aquella parte, y en el momento de acudir éstos hizo descorrer las cortinas que ocultaban los trabajos.

La artillería, en el acto, causó en los moros grande destrozo. Aprovechando su confusión, da una columna el asalto y logra montar sobre las murallas de la plaza algunos cañones, cuyos fuegos ofenden grandemente á los sitiados.

Viendo esto quisieron capitular, pero Corcuera les intimó se rindieran á discreción. Apeló el sultán al padre Gutiérrez, y hasta la sultana hizo gestiones cerca del general en jefe; pero todo fué en vano.

Los moros de Basilan y de Macasar se rindieron á Almonte el 17 de Abril; mas no así los joloanos, quienes, al amparo de la oscuridad de la noche, lanzáronse contra el cuartel general, con ánimo de destruirlo ó

de forzarle. A pesar de que el ataque fué brusco é inesperado, no consiguieron su intento; antes por el contrario, recibidos á tiros, sufrieron grandes pérdidas. La desbandada se hizo entonces general. Tan grande era su terror y el afán de huir, que las madres arrojaban á sus hijos y los jóvenes acuchillaban á los ancianos para que no cayeran vivos en poder de sus perseguidores. Un fuerte aguacero favoreció la fuga de aquellos indómitos mahometanos. El triunfo de los sitiadores fué completo. La población demostraba por doquiera evidentes señales de su tenaz defensa.

El sultán pudo salvarse, aunque dejó en poder de sus vencedores cuantas riquezas poseía. La sultana Tuam Baloca y un sobrino suyo llamado Tacun quedaron prisioneros.

Ofreció la sultana contener la fuga de los joloanos mediante la seguridad de que se les respetaría la vida, prometiendo restituirse á su prisión; pero una vez libre no se la volvió á ver más.

El confiado gobernador encomendó entonces á Tacun manifestara al sultán la conveniencia de ir á tratar con él las condiciones de la paz. Volvió Tacun sin el sultán, pero sí con las llaves de las papeleras donde estaban las riquezas del soberano de Joló y de sus favoritas, cuyos muebles habían caído en poder de Corcuera. Tan confiados anduvieron con el astuto moro, que pudo extraer las perlas de gran valor y cuanto oro y pedrería encerraban, marchándose después tranquilamente, so pretexto de continuar las negociaciones entabladas, de lo que, naturalmente, no se ocupó nunca. Así el general desaprovechó las ventajas de la rendición de los joloanos y la de prisioneros tan importantes como la reina y su familia.

Conocedor, aunque tarde, del falaz proceder de los moros, entregó el general al saco de la soldadesca el cerro de Joló, pero en él no había apenas nada de valor. Algunas alhajas hallaron enterradas, y muchos alcoranes fueron pasto de las llamas.

Corcuera dispuso la reparación del magnífico fuerte del Cerro, y el levantamiento de otros dos en los puntos más estratégicos, que eran la barra y el río. En ellos dejó 200 españoles é igual número de pampangos. Nombró al capitán Ginés Ros gobernador de Joló, y al de igual clase, Gaspar de Morales, gobernador del fuerte del Cerro, y capellanes á los padres jesuitas Francisco Martínez y Alejandro López. Las fuerzas restantes volvieron á Zamboanga, cuyo gobierno recayó en el mayor Almonte, nombrado además jefe de todas las fuerzas del Sur.

Corcuera regresó á Manila en Mayo de 1638, siendo recibido solemnemente por las autoridades, corporaciones religiosas y por el vecindario español é indígena, noticiosos éstos de la gloriosa campaña realizada por el esforzado caudillo (1).

(1) He aquí el recibimiento hecho en Manila al gobernador general á su vuelta de Mindanao, según carta del jesuita Juan López, fechada en Manila el 25 de Mayo de 1637:

“Ayer salimos de Cavite con el Sr. D. Sebastián, bien cerca de las once; llegamos á Santiago á la una, al remo. Un rato antes de llegar, salieron á recibirlo dos champanes de japoneses cristianos, que traían en forma de pabeses cercados todos los bordes de telas blancas de lienzo, con cruces verdes y muchas banderas blancas con flores verdes. Llevaban un clarín con que le dieron la bienvenida. Hízoles grandes comedimientos el señor gobernador, y quedándose atrás lo volvieron acompañando; desembarcóse en casa de Amaro Díaz, donde estaba hecho cuerpo de guardia, y de allí nos vinimos el P. Juan de Barrios y yo á casa, donde hallamos al padre provincial, al P. Juan de Bueras, al P. Roa

También los chinos festejaron la llegada del invicto gobernador, presentándole una ofrenda en metálico (1).

y al P. Marcelo, que habían venido al recibimiento. (Mas antes de contarlo, es de saber que, un cuarto de hora después de llegar el Sr. D. Sebastián, llegó el champán de D. Graviel Niño, que sólo faltaba.) Marchó en primer lugar Nicolás González con su compañía, que es la famosa y victoriosa de los coletillos; cercaban á su paje de rodela otros muchos, con las armas que quitó al Mindanao en la batalla naval; dímosle mil parabienes de sus buenos sucesos. Después de su compañía se siguió la de los marineros, que gobernaba el alférez A. Mezquita. Iban en dos hileras, porque cogían en medio al principio los indios y sangleyes amigos, que se sacaron del cautiverio de Corralat, y cierto, algunos indios é indias nos enternecían con sus rosarios en las manos. Después de un rato, iban en medio de la misma compañía los cautivos y cautivas mindanaos; las mujeres y niños sin prisión, los hombres en cadenas y grillos marchando. Acabado esto, se siguió una gran tropa de gente que llevaban las armas del enemigo: rodela, corazas, campilañes, lanzas y dos trompetas bellicas que parecían clarines de holandeses. Tras de esta compañía iba la de los pampangos, que fué también á la jornada. Siguióse después el capitán Carranza á caballo, guiando los carros de las armas de fuego que se quitaron al mindanao, como capitán que es de la artillería. Iban en tres carros los mosquetes y arcabuces; en otros las cámaras de los versos y tres campanas pequeñas de iglesia; seguíanse en otro doce ó catorce versos pequeños; luego un falcón grande que puede pasar por cu-lebrina; después otros cinco ó seis carretones con cada dos piezas pequeñas y falcones; seguíanse después las piezas de artillería grandes, cada una de por sí: de todos tiraban indios con maromas, y la última y mejor pieza la llevaron cuatro caballos. Todas estas armas acompañaban los artilleros. Iban inmediatos á ellas seis muchachos arrastrando seis banderas de Corralat.

“Tras de ellas marchó la compañía del señor gobernador con mucho lucimiento; pero antes de ella iba el Sr. D. Sebastián á caballo, con un vestido llano, casi pisando las banderas enemigas; detrás dél su paje de rodela con su morrión y en él un monte de plumas blanco. Iban también á caballo su capellán y un secretario. Al descubrir al señor gobernador antes de entrar en la ciudad, le hizo salva la artillería de los fuertes que están en la puerta de Bagumbaya, y viéndole dentro se repicó en nuestra casa, tocáronse las chirimías y cantó la capilla un vi-

llancico. Todos los de casa estábamos con nuestros manteos esperándolo en un arco triunfal, cierto bien hecho y aderezado de seda y de tarjas de poesías. Allí se le dió la bienvenida y parabién de la victoria, á que correspondió con mucha cortesía. Al entrar en el arco salió de entre unos biombos que estaban en un tablado D. Josepito de Salazar, muy bien aderezado, y con una poesía que hizo el hermano Liorri engrandeció la victoria, dióle las gracias y parabienes, y lo mismo hizo á los soldados; y acabó que, según el nombre de Corquera—*id est corda quærens*, busca pechos y corazones,—los había hallado en todos los que allí estábamos, que le tenían muy entrañado y le deseaban todo bien y felicidad. Estuvo atento al razonamiento, y acabado se volvió á los padres y les dió las gracias.

“Prosiguió marchando á la plaza, donde estaba armado un escuadrón de seis compañías que le esperaban. Nosotros todos fuimos á verlo á los balcones del maese de campo Pedro de Heredia, y llegamos cuando el señor gobernador se apeaba en la iglesia mayor, donde le aguardaba la Real audiencia y los cabildos eclesiástico y seglar. Entró dentro y estuvo haciendo oración buen espacio, postrado humildemente en el suelo, refiriendo á Dios todo el buen suceso. Tornóse á poner á caballo; llegó al escuadrón, y hablando con el sombrero en la mano á los capitanes y soldados con grandes muestras de benevolencia, le respondió el campo con una salva general y los alféreces abatiéndole las banderas. Prosiguió á su casa, y al descubrirlo de la fuerza de Santiago, su castellano, el general D. Fernando de Ayala, le hizo salva con toda la artillería, y tras de su compañía fueron marchando las del campo, con que se acabó este lucido triunfo que ha causado gran gusto á todos de todas naciones. A nosotros el maese de campo, Pedro de Heredia, nos regaló con mucha y muy buena colación y otros géneros de conservas, lo cual, acabado, nos volvimos á casa, dando gracias á Dios de haber visto lo que tantos años habíamos deseado. La multitud de gente que había en las calles, ventanas y balcones fué sin número; la ternura que hubo en los corazones, causada de la alegría y vista de cosa tan nueva y grande, fué indecible, y raro fué el que no tuvo las lágrimas en los ojos, causada del gozo tierno del corazón. A la noche hubo muchas luminarias en todas las murallas en contorno y en otras muchas partes dentro y fuera de la ciudad; voláronse gran número de cohetes, y á las diez ó las once de la noche salió una máscara de los soldados de á caballo con muchas hachas en muestra de alegría, y las personas y caballos con grande adorno y lucimiento. Dios nos deje ver muchos días á éste semejantes, en que triunfe Cristo Jesús de sus enemigos, y á vuestra reverencia me guarde,, etc.

De otra carta del mismo jesuita copiamos los siguientes párrafos:

“Anoche, 26 de Mayo, salió la máscara de la ciudad, que estuvo tan buena y tan lucida, que donde quiera pareciera muy bien; fué grande el número de luminarias por todos los balcones y ventanas. A la puerta de nuestra iglesia se hicieron grandes hogueras, y nosotros bajamos abajo para gozar de más cerca del paseo, que fué á las nueve de la noche.

„Por los difuntos de la guerra hizo el señor gobernador en la iglesia nueva de los soldados unas honras muy solemnes á 5 de Junio. Pusiéronse en ella ocho altares, y desde antes de amanecer se comenzaron en todos ellos á decir misas, convidando para esto á todos los clérigos y religiones, y así duraron toda la mañana. A todos los que querían recibirla se daba por la misa un peso de limosna, pero muchos no lo recibían; á su tiempo se celebró misa y sermón, con asistencia de toda la ciudad, clerecía y religiones. Salió el sermón muy á propósito y bien predicado: predicóle el P. Francisco Pinelo, de Santo Domingo.

„La fiesta de la acción de gracias, á 7 de Junio, se hizo en la iglesia mayor, por razón del grande concurso, y aún no cupo la gente en ella. Salió la procesión de la catedral y anduvo por las calles que suele el día del Corpus, todas ellas con sus arcos y enramadas muy bien compuestas, pobladas de altares llenos de adorno y riqueza. Echaron los vecinos el resto en colgarlas, y generalmente afirman que jamás se han visto en Manila colgaduras tantas y tan preciosas; de modo que, aun viéndolas, apenas creían hubiese en ella tanto y tan vistoso y de tanto valor, fuera de lo que caía de los balcones abajo, que es lo que de ordinario se ha colgado. De los balcones para arriba se hizo una contrapared de cañas, y toda se llenó de colgaduras y de lazos de piezas de seda.

„En la procesión fueron los soldados piqueros en dos hileras, marchando con sus picas levantadas; al principio fueron entre ellos los cautivos que salieron del poder de Corralat, muy bien vestidos, de esta manera: iban primero tres soldados y despues seis cautivos, guardando siempre este orden. Siguiéronse después los vecinos, y tras de ellos todas las religiones. Alegraban la procesión mucha variedad de danzas y otras invenciones con varios instrumentos músicos y dos órganos portátiles. Cerca del fin iban cuatro andas, hechas de manera que formaban un modo de tejado á dos aguas; en ellas, por cada haz, se pusieron la casulla, capas de coro, frontales y otros ornamentos sagrados; en el caballete, en pie, los cálices, custodias y patenas; á los remates, colgadas las crismeras, vinajeras y campanillas que habían robado los mindanaos, vista que enterneció mucho y sacó abundancia de lágrimas. Llevaban las tres destas andas sobre sus hombros los colegiales de nuestro colegio de San José,

y las últimas nuestros hermanos estudiantes con sobrepellices. Iba inmediato á las andas el P. Marcelo Mastril, con el estandarte que llevó cuando se conquistó el pueblo de Cachil Corralat, y también lo sacó en otra procesión que allí mismo se hizo en acción de gracias después de rendido. Estaban en este estandarte haciéndose espaldas, el Cristo acuchillado y ultrajado del enemigo y nuestro padre San Francisco Javier, patrón de toda la jornada, que miraba al Santísimo Sacramento. Seguíanse el guión, que sacó al principio el señor gobernador, y después llevaron remudándose los señores de la Real audiencia y alcaldes ordinarios, los regidores con las varas del palio, y debajo de él un carro de mucha majestad guiado de sacerdotes revestidos, en que iba el Santísimo Sacramento. En la plaza de armas había nueve piezas de cuchara y veintisiete versos y falcones, que todos (sin otras tres piezas grandes que quedaron en el fuerte de Samboangan) se quitaron á Corralat, y con ellas se hizo una alegre salva al Santísimo Sacramento cuando se descubrió en la boca de la calle, y otra no menos grande y solemne hizo el campo, que estaba formado de ocho compañías de arcabuceros en la plaza de la ciudad. Dijo la misa el cabildo eclesiástico, que se cantó con mucha solemnidad; predicó el P. Juan de Bueras un sermón muy á propósito, cumpliendo maravillosamente en tres cuartos de hora,, etc.

(1) "Los sangleyes, de su voluntad, ofrecieron al señor gobernador un donativo de 6.000 pesos, dando por razón de hacerlo: primero, el haberles librado del cautiverio de Corralat 31 de su nación; lo segundo, porque les había dejado desembarazados y seguros los mares para sus ordinarias contrataciones, y lo tercero, porque los mantenía en paz y justicia; de modo que el gasto de la guerra de Mindanao, con el artillería y pillaje que tocó á S. M. y estos 6.000 pesos, no sólo queda empatado, sino que sobran 1.000 pesos. Así me lo ha dicho el contador de S. M., (Carta del P. Alejandro López, antes citada.)



CAPÍTULO VII.

Perseverancia de los malayo-mahometanos en sus piraterías.—Idea Almonte favorecer al rey de Buhayen contra el sultán de Mindanao.—Comisiona al capitán Márquez para que levante una fortaleza en Buhayen.—El rey procura estorbarlo.—Sus pretensiones excesivas.—Opónese Márquez á ellas.—Entíbianse las relaciones entre ambos.—Retiene Moncay en su corte al P. Angel.—Fuga de éste.—Pactan los españoles amistad con los manobos.—Realízase con su auxilio la construcción de un fuerte.—Lo cerca Moncay.—Márquez pide auxilios al gobernador de Zamboanga.—Envía algunos socorros.—Los buhayenes levantan el cerco.—Plan de campaña de Almonte contra los mindanaos.—Diversas expediciones.—Se traslada á la Sabanilla.—Refuerzos de Manila.—Marcha contra Buhayen.—Defensas de los moros.—Trabajos del ejército en su marcha.—Acertadas disposiciones de Almonte.—Brillante defensa de los buhayenes.—Triunfan los españoles.—Huye Moncay.—Es arrasada su fortaleza.—Correrías de los españoles por sus tierras.—Agasajos del datto de Sibuguey á Almonte.—Festejos en Zamboanga por la victoria de su gobernador.

Natural parecía que después de la brillante campaña del general Corcuera renunciaran los mindanaos y joloanos á sus piraterías; mas lejos de ser así, perseveraban incansables en sus audaces atentados.

El ilustre gobernador de Zamboanga concibió la idea de favorecer al rey de Buhayen, con perjuicio del sultán de Mindanao, esperando recabar de la enemistad de ambos las ventajas consiguientes.

En consonancia con este proyecto, comisionó al ca-

pitán Cristóbal Márquez para que fuese con su compañía á levantar una fortaleza inmediata á la de Moncay, contando destruir á los mindanaos con el apoyo de este aliado.

No pareció bien al rey moro que los españoles acudieran á establecerse en su territorio, y menos que edificasen un fuerte. Para estorbarlo, sin declarar abiertamente su oposición, exigió á Márquez que colocara la artillería en su fortaleza, pretendiendo que los españoles le sirvieran de auxiliares.

Como, á pesar de su insistencia y de sus agasajos, se negó Márquez á complacerle, cada día iban siendo menos cordiales sus relaciones con el rey de Buhayen. Acentuó más la enemiga de españoles y buhayenes la prisión del padre jesuita Francisco Angel. Al atravesar la corte de Moncay, retuvo éste bajo especiosos pretextos al padre jesuita, sin consentir regresara al fuerte español, pero guardándole todo género de atenciones.

Era su intento, al parecer, tenerlo en rehenes para servirse de él con arreglo á las eventualidades del porvenir.

Frustró sus planes la fuga del P. Angel, realizada con el auxilio de un moro llamado Tapuri, cuya mujer era cristiana.

Declaróse, por último, la mala fe de Moncay, al ver que ni se sometían los españoles á su capricho ni abandonaban sus tierras, puesto que proseguían en los trabajos del fuerte y pactaban amistad con los manobos. Macadula, rey de estos infieles moradores de los montes de Buhayen y de las inmediaciones de la laguna de Maguindanao, confió al morir á su hermano Manaquior el gobierno de sus pueblos durante la menor edad de su hijo Balatamay. Alzóse el tutor con el reino,

despreciando los derechos de su sobrino, y Moncay, inmediato pariente de éste, tomó su defensa, derrotó á Manaquior y le hizo internarse con sus parciales en las espesuras de los bosques.

Supo el jefe de los manobos las diferencias que existían entre Moncay y Márquez: dedujo que había llegado la ocasión de vengarse, y bajó de los montes con 2.000 hombres dispuesto á ayudar á Márquez en su guerra contra el rey de Buhayen. Mediante su auxilio, que el capitán español aceptó gustoso, en breve estuvo terminado el fuerte. Constaba éste de un reducto cuadrado con cuatro baluartes, foso y camino cubierto, conteniendo dentro los alojamientos y almacenes.

Como ya el disimulo era inútil, acudió Moncay con sus huestes á cercar la fortaleza española, muy seguro de rendirla por hambre. Avisó Márquez al gobernador de Zamboanga el peligro en que se hallaba, y, no pudiendo marchar Almonte en su auxilio por tener que acudir al socorro de las posesiones españolas de Molucas, le envió á Cristóbal de las Eras con 10 embarcaciones, alguna tropa y víveres. Los buhayenes entonces levantaron el cerco.

Almonte, á su regreso de las Molucas (2 de Marzo de 1639), combinó un activo plan de campaña contra los rebeldes mindanaos.

Mandó al sargento mayor D. Pedro del Río con 70 embarcaciones á ocupar el puerto de la Sabanilla (1), acompañándole Mata como jefe de la escuadra y los capitanes Juan de Heredia y Pedro Navarro con sus compañías.

(1) Puerto situado entre Pollok y Punta de Flechas, en la bahía Illana, al sur de Mindanao, donde fundaron los españoles un presidio fortificado.

Dispuso que el alcalde de Caraga, D. Francisco de Atienza, saliera contra los malanaos, y que D. Alvaro de Galindo hiciera lo propio con 10 embarcaciones por las costas de la isla. También envió á Joló otra escuadrilla de 17 buques, para evitar así que acudiesen en socorro de los buhayenes.

El 21 de Marzo de 1639 entró Almonte en la Sabanilla con un buen cuerpo de mardicas, tidores y siaos, sacados de Molucas, cuyos indígenas manejan el campilan tan hábilmente como los moros. Casi á la vez que Almonte llegó á la Sabanilla el sargento mayor Juan Ruiz Maroto, con 300 indígenas de Siao y ocho buques que enviaba el datto de Sibuguey, Cachil Datan, aliado de los españoles.

Almonte dejó en la Sabanilla al sargento mayor Don José de Vitoria y al capitán Pedro Navarro y otros oficiales, y marchó contra los buhayenes.

Estos, por su parte, se apercibieron á la defensa con ardimiento.

Soltaron el agua de la magnífica laguna que fecunda su territorio, previamente contenida por medio de presas, y la campiña quedó por completo inundada. Además, inmensos nipales y carrizos entorpecían el paso de las tropas. Fué preciso destinar 2.000 indios, á las órdenes del alférez Luis de Rojas, para segar aquéllos y abrir camino. Descubierta con esto la extensa inundación, siguieron la única ruta posible, llevando dos culebrinas de á 10 y faginas y cestones, que prestaron grandes servicios durante las operaciones sucesivas.

Al llegar á una altura son recibidos á tiros por 10 moros que guarnecíán un garitón de madera establecido en un árbol corpulento y elevado que dominaba la campiña.

Almonte destacó contra ellos 100 mosqueteros, los que, á pie firme, sostuvieron vivo fuego, pereciendo los moros en la lucha.

Mientras tanto hizo afirmar el terreno con capas de faginas, sobre cuyo firme colocaron los cestones, y una vez rellenos de tierra bien unida, pusieron encima unas viguetas, y sobre ellas grandes maderos, formando una batería coronada por las dos culebrinas. Detrás alzaron las tiendas de lona, y en el sitio de más peligro la del general.

Establecido el campamento, dictó Almonte acertadas medidas para asegurar el éxito de la campaña.

El capitán Juan López Lucero marchó á ocupar un brazo del principal río del país, que comunicaba por unos esteros con la fortaleza de Moncay, llevando 120 españoles, 600 indios, los 2.000 manobos al mando de Manaquior, cuatro bergantines y otras embarcaciones menores; y el ayudante Francisco de Arechaga recibió orden de cerrar con seis buques un estero por donde podían huir ó ser socorridos los sitiados.

Procedióse después, bajo la dirección del capitán D. Francisco del Castillo, á destruir la parte de carrizal que ocultaba el fuerte enemigo: operación trabajosa y expuesta por hacerse á cuerpo descubierto. El enemigo comenzó á molestarles disparando su artillería. Entonces mandó el general al capitán D. Diego Sarmiento á reforzar la roza. Inquieto por el peligro en que veía á sus soldados, acudió Almonte en persona, siguiéndole los demás jefes; se apresuraron los trabajos y quedó terminada la operación, aunque con pérdidas dolorosas.

Murieron el ayudante español Adame y cinco indios. Hubo 20 indios heridos y 12 españoles, entre ellos el

capitán D. Diego Sarria, que lo fué de *verso*, y el capitán D. Laureano de Escobar, de mosquete.

La fortaleza de Moncay, situada en terreno pantanoso á orillas de la gran laguna del país, distaba unos tres kilómetros del fuerte español. Era un reducto de planta irregular con cinco baluartes. Formaban sus muros un macizo de tierras y grandes piedras, de 2 $\frac{1}{2}$ metros de espesor, revestidos interior y exteriormente por troncos de árboles unidos y enclavados en el suelo. Sobre los muros corría un parapeto de tierras de más de dos metros de espesor, con multitud de cañoneras abiertas. Rodeaba el recinto un foso muy profundo, de 3 $\frac{1}{2}$ metros de ancho, lleno de agua procedente de la laguna. Más allá del foso existía un camino cubierto con parapeto de mampostería.

Viendo las gruesas murallas, el ancho foso rebosando agua y el extenso camino cubierto de espeso carrizal que tenía que recorrer el ejército, conoció Almonte que no era obra de poca monta asaltar la fortaleza. Hizo conducir de su galera una pieza de á 18, y envió orden á Lucero para que á brazo, y lo antes posible, abriesen un canal que permitiera á los bergantines ponerse á tiro de cañón del fuerte enemigo. Realizado que fué, rompió la artillería de los buques vivo cañoneo contra el fuerte de Moncay, en combinación con las piezas de la batería, despidiendo ambas una lluvia de balas. Cuatro días duró, sin embargo, el asedio. Al acercarse la noche, después de una hora de arrojar proyectiles sin descanso, pusieron fuego á la población los sitiados, rompiendo por el punto que ocupaba Lucero. Tan horrenda fué la lucha entre los fugitivos y los manobos, que el campo quedó cubierto de cadáveres. Muchos, por huir de las armas, perecieron en los pantanos. Vió

Almonte arder la fortificación enemiga, y envió á atajar el fuego á 12 españoles y 50 siaos, quienes, para penetrar en ella, pasaron el foso á nado.

Rotas las presas por mandato del general en jefe, el agua buscó su natural nivel, descubriendo los campos y las sendas por las cuales recorrieron las tropas todos aquellos lugares, antes fértiles y poblados, exterminando y destruyendo cuanto á su paso hallaban.

Las murallas de la fortaleza rendida, después de sacar la artillería, fueron por completo arrasadas.

Moncay logró escapar con vida, refugiándose en lo más espeso de los bosques.

El sargento mayor, D. Pedro de la Mata, tomó por asalto una fortaleza situada en otro cerro, cuya defensa tenía á su cargo un cuñado de Moncay. En ella perecieron muchos moros y cobraron su libertad bastantes cautivos.

El capitán Cepeda salió con su compañía á incendiar los pueblos del contorno. También por el río fueron varias escuadras con idénticos fines.

El gobernador de Zamboanga, después de dejar una pequeña guarnición en el presidio de Buhayen y de manifestar á Manaquior que si se mantenía en su fidelidad le haría dueño de aquellos territorios, se trasladó á la Sabanilla. En esta fortaleza, ya por completo terminada, halló al capitán Del Río, recién llegado de su expedición á Malanao.

Desde la Sabanilla marchó Almonte á Zamboanga, siendo extraordinariamente agasajado por el régulo de Sibuguey á su paso por el territorio de este magnate, quien le donó 30 cautivos, obsequiándole con curiosas armas.

Cachil Datan se obligó á pagar 2.000 tributos por

año y á contribuir al levantamiento de un fuerte á la entrada del río de Sibuguey, que debía ser guarnecido por españoles; y al efecto quedó un ayudante con 50 soldados españoles y pampangos.

El general Almonte, á su vez, le concedió un rico botín por su eficaz auxilio en la campaña contra Moncay.

En Zamboanga celebróse el buen éxito de la expedición con inusitada magnificencia. Los intrépidos zamboanguenos tomaron en estos festejos una parte importantísima (26 de Mayo de 1639).



CAPÍTULO VIII.

Campaña contra los malanaos.—Antecedentes necesarios.—Valor del P. San Agustín.—Sus luchas contra mindanaos y malanaos.—Solicitan los jesuitas la expedición.—Confiase al capitán Atienza.—Vacilaciones de los moros.—Invade Atienza su territorio.—Escasa resistencia que oponen.—Optan por someterse.—Opina el P. San Agustín se deje un presidio fortificado.—Opónense los jesuitas.—Envía Almonte á Del Río á completar la conquista.—Reclaman los jesuitas la administración del territorio y se les otorga.—El P. San Agustín y los malanaos la piden en Manila para los recoletos y que se funde un presidio.—Se oponen los jesuitas.—El general lo niega.—Con la retirada de las tropas se malogra el éxito de esta campaña.—Defección de los malanaos.—Va el capitán Bermúdez á la Laguna.—Fíngense amigos hasta recuperar los rehenes.—Declaran su oposición á los españoles.—Los cercan en su fuerte.—Medios ingeniosos de hacer la guerra.—Apuro de los sitiados.—Piden socorros al gobernador de Caraga y al padre capitán.—Dificultades que vencen éstos en su marcha.—Salvan á la guarnición.—Huyen los sitiadores á los montes.—Abandona Bermúdez á Malanao.—Construye un fuerte en Iligan.—Nueva expedición del capitán Atienza.—Sus escasos resultados.—Construyen los expedicionarios un fuerte, resuelven retirarse de la Laguna y lo confían á un datto amigo.—Marcha Atienza á Iligan.—Queman el fuerte de Malanao.—Triste fin de estas campañas.—Es reforzado el fuerte de Iligan.

Reseñada la brillante campaña del general Almonte contra los buhayenes, vamos á describir las diversas expediciones que hubo precisión de hacer al territorio de Malanao. Necesario es, para su mejor inteligencia, consignar ciertos antecedentes.

Los religiosos recoletos extendieron sus misiones ha-

cia 1624 al partido de Bayug, principiando sus trabajos evangélicos, con buen éxito, el P. Fr. Juan de San Nicolás.

Algún tiempo después fué nombrado misionero del pueblo de Cagayán el religioso de la misma orden, Fr. Pedro de San Agustín, joven de brioso temperamento y de militares aficiones, quien hizo levantar en la provincia de Caraga el fuerte de Linao, instruyendo á los indios en el manejo de las armas de fuego.

El término encomendado á la administración espiritual del P. San Agustín sufría continuos ataques por parte de las tropas de Corralat. Para contrarrestarlos fortificó el pueblo, probando en su defensa contra los moros la utilidad de sus medidas.

Llenóse de coraje el sultán de Mindanao ante la resistencia de tan pequeño lugar, y mandó 2.000 hombres á tomarlo.

Tuvo aviso de ello el P. San Agustín y, apercibiéndose á la defensa, rechazó á los moros gallardamente.

Proyectó entonces Corralat apoderarse del padre con asechanzas traidoras, por medio de los habitantes de la laguna de Malanao. Éstos invaden el pueblo de Cagayán, hallándose ausente el misionero, y causan sensibles daños. Sabe el padre con gran dolor el suceso; arma á sus más aguerridos feligreses; penetra por tierra de los malanaos, y les toma, saquea é incendia sus pueblos, volviendo á su residencia con muchos despojos.

Pretendían los jesuitas que el territorio de la Laguna era de su jurisdicción, y por más que ningún misionero suyo lo ocupaba, no vieron con buenos ojos la intrusión de los recoletos; pero como carecían de los bríos del P. San Agustín, acudieron al gobernador general en demanda de que fuese una expedición militar á re-

ducir á los malanaos, para una vez libre el país de riesgos encargarse de su administración. Comunicó Corcuera las órdenes necesarias al general Almonte, y éste confió dicha empresa al capitán D. Francisco de Atienza, persona muy á propósito por su valor y condiciones. Escogió Atienza 50 soldados y 500 caragas voluntarios, solicitando el auxilio del P. San Agustín, que á la sazón desempeñaba el curato de Butuan. Aparejaron seis embarcaciones, dispuestas para ser desarmadas y conducidas en hombros á donde conviniese utilizarlas, y desde el pueblo de Bayug emprendieron el camino de Baloooy, recibiendo el oportuno auxilio del datto Dolo-moyon, resentido con los malanaos por cuestiones habidas entre ellos.

Los habitantes de la Laguna reunieron hasta 6.000 hombres de guerra para oponerse á los expedicionarios; pero no tardaron en desertar muchos, y decidieron los caciques enviar algunos regalos al capitán español, con el consejo de que retrocediera, porque de seguir adelante iba á experimentar grandes perjuicios.

Contestó Atienza que era preferible morir que perder el honor retrocediendo, y que pensaran si les convenía mejor someterse para evitarse los males de una guerra. Hubo distintos pareceres entre los principales de la Laguna, dando lugar con sus vacilaciones á que se presentara Atienza en su territorio (4 de Abril de 1639), sin que utilizaran los malanaos los pasos fortificados que habían prevenido.

Arman los nuestros con rapidez sus embarcaciones y se aproximan á un fuerte, en cuyas cercanías hallan hasta 40 buques contrarios. Sus tripulantes los abandonan saltando en tierra. Los expedicionarios se apoderan de los barcos sin dificultad y ponen fuego al pue-

blo de Vato. Prosiguen al día siguiente su marcha, utilizando las canoas cogidas, y al acercarse á las poblaciones principales les salen al encuentro embajadores de paz ofreciendo vasallaje y tributos. Aceptada la proposición por Atienza se procedió al empadronamiento de 50 pueblos, sujetos hasta entonces al dominio de cuatro dattos, inscribiéndose 2.009 familias.

Los recoletos administraron el Bautismo á más de 200 personas, y se dispuso que quedase á su cargo el ministro de Bayug.

En el río de Didagun mandaba el datto Pagayabon; en el río de Taruca, Dagolo; en el de Banayan, Macaluyo; en el de Bayang, Mabololo, y en las alturas de Taraca el valeroso Monocor. Estos caciques estipularon con Atienza que admitirían religiosos españoles y edificarían iglesias, accediendo, en prueba de su buena fe, á que sus hijos y hermanos pasaran á Manila en calidad de rehenes.

Opinaba, acertadamente, el P. San Agustín que, para asegurar la conquista realizada y evitar levantamientos en lo sucesivo, se debía construir un fuerte en sitio estratégico, dejándolo guarnecido. No fué muy del gusto de las tropas este consejo y resolvieron dar por terminada su misión, libertando á 17 cautivos y llevándose las armas de fuego que hallaron entre los naturales.

Dió parte de todo el jefe de la fuerza al general Almonte, y éste, para afianzar por completo la conquista, envió al sargento mayor D. Pedro Fernández del Río, y al capitán Juan de Heredia Hermastegui, con 70 españoles y 500 visayas. Penetraron por tierras de Corralat; vencieron cuantos obstáculos les opuso el enemigo en el belicoso partido de Butig, sujeto al dominio del datto Matundin, y reuniéndoseles el capitán Atien-

za con su gente, fué tal el pánico de los malanaos que todos acudieron solícitos á empadronarse. Iba con Del Río el padre jesuita Pedro Gutiérrez; expuso que el territorio sometido correspondía á la Compañía, y el sargento mayor le dió la posesión de aquellos pueblos el 20 de Abril de 1639, regresando ambos al cuartel general y Atienza á su provincia de Caraga, después de fortificar á Bayug, donde dejó con algunas fuerzas á su ayudante.

Estas determinaciones apenaron en gran manera al P. San Agustín, viendo así malogrados los fines de tan afortunada campaña, pues tenía por seguro que los malanaos volverían en breve á su anterior independencia. Sus ideas le impulsaron á ir á Manila en compañía de algunos principales malanaos; expusieron al gobernador general cuán necesario era fundar un presidio con fuerte guarnición que mantuviera á raya las sugerencias de Corralat y en la fe jurada á los pueblos sometidos á España. Corcuera prometió hacerlo así; pero mediaron los jesuitas, y entonces el gobernador general se negó á conceder la administración espiritual de la Laguna á los recoletos.

Los malanaos volviéronse contrariados á su país, y el P. San Agustín se retiró á su curato de Butuan.

Gran pena produjo en Malanao ver llegar sin los rehenes á los caciques que habían ido á Manila con el padre San Agustín; y unido este disgusto á las sugerencias de Corralat, careciendo del freno de un fuerte en su país y de religiosos que aprovecharan las conversiones hechas, fué cundiendo el espíritu de insurrección entre ellos, y al verse libres de la presencia de las tropas, faltando á sus pactos y compromisos, derribaron las cruces y quemaron los camarines que habían servido de iglesias.

El general Corcuera, que lo ignoraba, mandó al ca

pitán D. Pedro Bermúdez de Castro, con 50 españoles y 500 indios de Bohol, á establecerse en la laguna. Iban con él los padres jesuitas Diego Patiño y Gregorio Belín, y los malanaos retenidos en Manila en calidad de rehenes.

Fingiéronse amigos los indígenas hasta conseguir la devolución de sus compatriotas; pero logrado esto, mostraron á las claras lo poco dispuestos que estaban á que los españoles permanecieran en su país, suspendiendo desde luego la entrega de los materiales con que contribuían antes á los trabajos del fuerte comenzado.

Prolijo sería relatar los mil medios ingeniosísimos que pusieron en práctica para sorprender á sus enemigos. Consistía uno de ellos en ciertas torres de maderos y cañas, colocadas sobre balsas que hacían llegar por el río hasta el fuerte en construcción, contra el cual disparaban sus falconetes y lantacas. La tenacidad y constancia del asedio y la escasez de provisiones, puso á los españoles en el último apuro.

En tan duro trance convinieron pedir auxilios al alcalde de Caraga, impetrando además la protección del célebre *padre capitán* Fr. Pedro de San Agustín, á quien escribió una humildísima y apremiante carta el P. Belín (1).

(1) "Mi padre, decía, olvídense V. R. de agravios, que le doy mi palabra, como quien soy, de hacer con el señor gobernador y mi religión, que se logre lo que V. R. y sus santos compañeros tanto han trabajado. Mire por la honra del rey de España, y por las obligaciones con que nació, y por la caridad que obliga en esta ocasión al socorro de esta tropa desgraciada en no haber merecido la compañía de V. R., que sin ella á buen seguro que el capitán D. Francisco no hubiera tenido la dicha que tuvo y logró, por resistirse á dejar aquí Presidio. Mi padre, en la tardanza está el peligro; yo se lo suplico á V. R. por Dios y su Madre, y espero gran socorro de todo, etc.: á 9 de Marzo de 1640. Todo de V. R.—*Gregorio Belín.*"

Hallábanse juntos en Butuan Atienza y el P. San Agustín, y en vista de estos despachos, marcharon con gente y víveres al socorro de los sitiados: vencen dificultades sin reparar en sufrimientos ni fatigas, y salvando montes y ríos llegan al pie del fuerte en ocasión en que, faltos de todo alimento, sucumbían de hambre tras veintinueve días de asedio.

Merced á su presencia, los malanaos levantaron el cerco.

Para vengar la rebeldía de éstos fueron, en varias embarcaciones, á destruir sus pueblos y sementeras, único daño que podían causarles, por haberse retirado á los montes.

Bermúdez resolvió, de acuerdo con el parecer de los jesuitas, abandonar la empresa por temor á un nuevo cerco, pretextando la escasez de bastimentos y el estado de insurrección de los naturales. En virtud de tan precipitada como imprevisora medida, demolió el fuerte, retirándose á Iligan.

En este punto hizo levantar un fuertecito á orillas del río: lo fortificó, y puso á su cuidado al ayudante Francisco Alfaro, con una pequeña guarnición. Bermúdez pasó á Manila á dar cuenta de todo al gobernador general.

El capitán Atienza, después de una expedición á Panguil, en la que fué menos afortunado que en sus anteriores empresas, pues tuvo que retirarse sin recabar ventaja alguna; vencido, más que por los indígenas, por los huracanes é inclemencias del tiempo, fué con sus buques y con sus tropas nuevamente á Malanao, cumpliendo órdenes del gobernador general.

Halló el territorio desierto por haber huído sus moradores á los montes tan luego supieron la llegada del

ejército, sin consentir bajar á poblado ni por ruegos y ofrecimientos ni por amenazas. Tan sólo el datto Mabololo permaneció en su pueblo y lo recibió afable.

En vista de ello, consideraron sus capitanes inútil la expedición, para no hacer mayores gastos tan estériles como hasta allí.

Parece ser que el P. Patiño aconsejó que fuesen á buscar los bastimentos de que carecían á tierra de los moros.

Acapararon los granos abandonados en las sementeras, arrasando y quemando cuanto pudieron, sin conseguir atacar á los malanaos por ser inaccesibles sus montes á causa de su extraordinaria aspereza. Construyeron también un fuerte; pero apenas concluído, creyendo vano empeño permanecer en él, lo confiaron al cuidado del datto Mabololo, con encargo de que mantuviera el territorio de la Laguna en la obediencia de España. Hecho esto, se retiró Atienza á Iligan con su poderosa escuadra. Á poco supo que un esclavo de Mabololo había incendiado el fuerte de Malanao. Indudablemente este cacique hizo causa común con sus paisanos, y para disimular su perfidia resolvieron destruir el fuerte.

Tal fin tuvieron las repetidas expediciones contra los malanaos por no haber seguido el primitivo consejo del experto *padre capitán*.

Aparte de los gastos consiguientes, hubo que lamentar también en esta expedición la muerte del capitán Andrés de Rueda, que se apartó de su tropa yendo de Iligan á Malanao, y cayó en una emboscada de los naturales.

Otro tanto sucedió al padre jesuita Francisco Mendoza, que le acompañaba (7 de Mayo de 1642).

Reforzado el fuerte de Iligan con parte de las tropas procedentes de la infructuosa campaña á la Laguna de Malanao, quedó al cargo del capitán Pedro Durán de Monforte, y en su compañía el padre jesuita Diego Patiño, á quien sustituyó después el P. Antonio Abarca, conservándose hasta hoy dicho fuerte como hubieran podido mantenerse los demás.

CAPÍTULO VIII.

Fingida sumisión de los joloanos.—Sus traidores intentos.—Alevosía que cometen.—Va Almonte á Joló.—Ordena la captura del sultán.—Frústrase esto.—Derrota de sus defensores.—Victoria naval de Mata contra el datto Paquian.—Castigo que impone aquél en varias islas.—Campaña contra los guimbas.—Valor de estos salvajes.—Son derrotados.—Magnanimidad de Almonte.—Es nombrado general de las naos de Acapulco.—Regresa á Manila.—Livianidad del gobernador Morales.—Furia del cacique de Tandú.—Conspiración de los joloanos.—Manda pasar al fuerte á 80 moros armados.—Niéganse éstos.—Quiere obligarlos, los desarma, los persigue, se revuelven al cabo y es herido.—Cunde la insurrección por la isla.—Procura en vano calmarlos el gobernador interino.—Va á reducirlos el general Mata.—Cautiva hasta 3.000 moros.—Imprudencia de su sucesor Morales.—Es muerto por los naturales de Paran.—Derrotan los moros á la cansada tropa.—Restablece la disciplina el nuevo gobernador Cepeda.—Ataca y vence á los de Paran.—Castigos que impone á otros isleños.—Persistencia de los malayo-mahometanos en sus excursiones piráticas.

Vamos á reseñar otra campaña en que el invicto general Almonte recogió nuevos laureles.

Los joloanos habíanse mostrado en un principio afa-
bles y sumisos, con el intento de ganar la confianza del
gobernador de la isla, considerando así más fácil des-
hacerse de los españoles. Supieron los padres jesuitas
allí destinados la trama urdida, y avisaron al goberna-
dor Ginés Ros que estuviese prevenido; pero éste, acha-
cando á temor sus sospechas, descuidó más de lo con-
veniente vigilar á los inquietos mahometanos. Un día

se presentan en el fuerte gran número de moros armados con pretexto de empadronarse, y los centinelas, recelando de sus propósitos, se niegan á permitirles la entrada. Volviéronse llenos de furor, y yendo á caer sobre unos indefensos individuos del destacamento que trabajaban en una cantera, mataron á dos españoles y á 40 indios, escapando los demás por pantanos y lodazales (Setiembre de 1638).

Este hecho sirvió para que los jesuitas y algunos oficiales demostraran al capitán Ros el fundamento de sus sospechas.

Después dijeron los joloanos al gobernador que habían fraguado esa intentona los moros de Tawi-tawi sin la anuencia, antes bien con gran sentimiento del sultán, cuyo único anhelo era conservar la buena amistad de los españoles. Bien fuese que convencieran estas falsas protestas al capitán Ginés Ros, ó que convenía á sus intereses no romper abiertamente con los moros para seguir efectuando el lucrativo comercio que, según los padres jesuitas, realizaba con aquéllos por medio de un *personero* suyo, es lo cierto que de nuevo se mostró confiado en demasía y sordo por completo á los avisos de los jesuitas y de su colega el castellano del Cerro. Éstos acudieron en queja á Almonte: recibió el general los despachos en Basilan, á donde le habían llevado asuntos de interés, y sin regresar á Zamboanga marchó á Joló con cuatro embarcaciones.

Expúsole el gobernador Ros que exageraban su temor los denunciantes, con el intento de arrebatarle la gloria de las reducciones realizadas. Oyó Almonte á unos y otros, y pronto se convenció de que la conducta de los joloanos no era tan leal y noble como el gobernador decía, descubriéndose su engaño por un chino

cautivo del que hizo acuchillar á los trabajadores de la cantera, cuyo astuto moro era el mismo que mediaba á título de amigo entre el sultán y el gobernador. Almonte reprendió al capitán Ros su excesiva confianza, y para castigar á los joloanos les tomó 120 embarcaciones. Por ser indispensable su presencia en Zamboanga, aplazó para más adelante el completo escarmiento de los rebeldes.

De regreso este valeroso caudillo de las Molucas, y aún no repuesto de las fatigas de su activa campaña al reino de Buhayen, de la que, según en su lugar dijimos, entró victorioso en Zamboanga el 26 de Mayo de 1639, marchó á Joló el 4 de Junio siguiente, llegando el 7 á la una de la noche. En el acto pasó á bordo el gobernador de la isla D. Luis de Guzmán, que había sustituido al infeliz Ginés Ros (1).

Enteróse Almonte del estado de las fuerzas enemigas, y pasó el resto de la noche dictando disposiciones para el mejor éxito de su campaña. A la madrugada del día 8 desembarcó, resuelto á hacer cruda guerra á los moros en castigo de su mala fe. Revisó sus tropas, que no pasaban de 600 hombres entre españoles é indígenas de Filipinas y de Molucas, y dividiéndolas en dos columnas, á las órdenes de los capitanes D. Agustín de Cepeda y D. Gaspar de Morales, les dió orden de capturar al sultán, el que, según verídicas noticias, se hallaba fortificado en la espesura de un bosque, tres leguas al interior (2). Cada una de estas columnas fué re-

(1) Relevado de su cargo, embarcó Ros en una galera valiosas mercancías para realizarlas en Manila, siendo asesinado al salir de la rada de Joló por los chinos que iban en el buque, codiciosos de apoderarse de su cargamento.

(2) He aquí el texto de la orden que pasó el general Almonte á sus

forzada con 300 auxiliares para los oficios mecánicos.

También dispuso que el sargento mayor D. Pedro de la Mata y el capitán D. Diego Sarriá marcharan con la escuadra en persecución de un hijo del sultán, el datto Paquian Bactial, que había ido en busca de auxilio á las islas inmediatas. Otras tres armadillas de ocho embarcaciones salieron á cruzar, situándose en los puertos importantes de la isla para impedir la fuga de los moros y la entrada de socorros.

Marchaban sigilosamente las tropas destinadas á la captura del sultán, cuando hizo la casualidad de que, al llegar cerca de un barrio inmediato á la residencia del fugitivo magnate, se disparase el mosquete de un soldado. Esta detonación introdujo la alarma entre los moros: tocaron á rebato, reuniéronse cuantos en el barrio estaban apercebidos á la pelea, y empeñaron con las tropas heróica lucha, dando tiempo á que su señor escapara en una barquilla á Tawi-Tawi con tal premura, que dejó abandonada á su familia y riquezas. Muchos mahometanos pagaron con la vida tan señalado rasgo de amor á su rey. Una vez conocido este importante triunfo, decayó visiblemente el esfuerzo de los joloanos.

capitanes:—"Señores capitanes: Vuestas mercedes van con esta tropa: las cinco de la tarde son; en aquel cerro está el rey de Joló muy descuidado de este acontecimiento, y muy confiado en que en nuestro atrevimiento para acometerlo no hay brío; tengo cercada la mar para que no se huya ni le entren refuerzos; así, á las ocho de la noche, sin que esta disposición la entienda moro alguno, han de estar vuestas mercedes con esta gente de armas, y han de pelear hasta que mueran todos; prendiendo ó matando al rey si pretendiere huir, y si lo consiguiese me avisarán con pronto despacho. Estoy en la satisfacción de que estas facciones son lo menos que pueden emprender obligaciones de tales soldados y mis amigos."

Habiendo surgido disentimientos entre los capitanes Cepeda y Morales, mandó Almonte quedaran á las órdenes del sargento mayor D. Luis de Guzmán, y que juntos recorriesen y avasallasen toda la isla, entrando á sangre y fuego los pueblos que opusieran resistencia por medio de las armas, á cuyos cabecillas deberían cortar la cabeza y colgarlas de los árboles para ejemplaridad de su castigo, perdonando en cambio á los pueblos que se rindieran.

Para apoyar los movimientos de la tropa, y en combinación con ella, iban por la costa dos bergantines bien armados.

Un mes invirtió Guzmán en esta comisión. Redujo muchos pueblos, castigó á otros y se mostró piadoso con los vencidos hasta el extremo de hacer construir grandes camarines para que sirvieran de albergue á los que habían perdido su hogar por el incendio de sus pueblos. El capitán D. Juan Heredia se hizo cargo de los vencidos, á los que trató con mucho cariño, suministrándoles arroz y cuanto necesitaban.

Por mar fueron igualmente felices los expedicionarios.

La escuadra de Mata halló á la que dirigía Paquian Bactial, y libróse entre ambas rudo combate. Los moros, derrotados en toda la línea, huyen á ocultarse en los mangles. Perseguidos y alcanzados, muchos caen muertos y heridos. Mata se apoderó de la mayoría de sus piraguas, y puso en libertad á los cautivos que llevaban.

Reforzada su escuadra con las embarcaciones procedentes de otros puertos del Archipiélago de Joló, en los cuales habían apresado 20 buques, se dirigió á la importante isla de Tawi-Tawi. Tras breve ataque la redujo por completo.

Cogió multitud de embarcaciones y armas, y libertó á 112 cautivos. También impuso severo castigo á los moradores de Babuan, Tandu-Bato, Matabuan y otras islas tributarias de Joló, sometiéndolas al dominio de España. Perdieron la vida en esta expedición sobre 500 piratas. A su regreso á Joló fué Mata felicitado por el general Almonte.

El 12 de Julio se dió por terminada la campaña con la total sumisión del Archipiélago joloano, conservando en rehenes á familias de los principales caciques de las islas sometidas. Sólo del sultán no se pudo tener noticia.

Los guimbas, aguerridos salvajes residentes en los montes que circundan á Joló, enemigos constantes de los joloanos, lejos de reconocer la soberanía de España, contestaron arrogantemente á los comisionados españoles «que ya les harían conocer la diferencia que había entre ellos y los joloos.»

Acababa Almonte de recibir despachos de Manila nombrándole general de la nao de Acapulco; y aunque sus capitanes le aconsejaban que marchara á hacerse cargo de tan importante empleo, no lo consintió hasta castigar la soberbia de los guimbas. Sólo pudieron conseguir que no concurriera en persona á esa campaña, indicándole que se considerarían rebajados si tan escaso aprecio hacía de ellos.

Fué, pues, á batir á los guimbas una división á las órdenes del sargento mayor D. Luis de Guzmán, cuyo segundo era el valiente capitán Cepeda (16 de Julio de 1639).

Al divisar á los españoles se presentaron en batalla los feroces monteses, cubiertos con una armadura de cuero de búfalo sumamente fuerte, arrojándose ciegos

de ira contra sus enemigos. A pesar de su bravura son rechazados y dispersos, pero se rehacen de improviso y dan una brillante acometida. El valeroso Guzmán es mortalmente herido en el pecho de dos lanzadas. Sus tropas, lejos de desmayar, cobran con esto coraje, luchan con heróico valor y logran ponerlos en fuga, haciéndoles dejar en el campo 200 cadáveres.

El capitán Cepeda tomó el mando, é hizo transportar á Guzmán y 20 heridos más á Joló. Marchó después contra los guimbas con tanta actividad y energía que consiguió destruirlos, dando muerte á más de 400 y causándoles 300 heridos. Además de Guzmán, murieron siete españoles y 20 indios. Los heridos pasaron de 40.

Almonte concedió libertad á los prisioneros, reteniendo en rehenes 30 de los más caracterizados. Dejó al capitán Morales de gobernador de Joló con fuerzas suficientes, y por capellanes á los padres jesuitas Alejandro López y Francisco Martínez, y marchó á Zamboanga, en cuya villa efectuó su solemne entrada el 31 de Julio. Despidióse de las tropas que había guiado tantas veces á la victoria, y de sus gobernados, que en él admiraban las excepcionales dotes de su carácter, su gran rectitud, su moralidad y prudencia, y partió para Manila el 5 de Agosto de 1639, llevando como trofeos de sus campañas cautivos, armas, banderas y riquísimos despojos, de todo lo cual hizo entrega al gobernador general de las islas.

La despedida de los zamboanguenses á su preclaro gobernador y el recibimiento hecho en Manila al héroe invicto de Mindanao, Joló y Molucas, honrado con el más pingüe destino de las islas, fué digna de tan esforzado caudillo.

El ilustre general D. Pedro de Almonte Verástegui

dejó escrita en letras de oro las páginas más brillantes de la *Historia de Mindanao y Joló*, teatro principal de sus legendarias hazañas. En él tienen noble ejemplo que imitar cuantos en aquellos apartados y hermosos confines de la madre patria vistan el honroso uniforme del ejército. La historia, haciéndole la debida justicia, ha esculpido ya su nombre en el eterno libro de la fama.

Con el regreso del ilustre general Almonte á Manila, los asuntos de Joló empeoraron considerablemente, debido á las torpes liviandades del gobernador Morales y á la falta de prudencia de sus subordinados.

Habiéndose rendido los naturales de Tandú, pretendió Morales que el cacique Salibanza le entregara en rehenes una hija suya, de doce años de edad, dotada de extraordinaria belleza. Sospechó la madre de ésta que no eran puros los propósitos del gobernador, y Salibanza se brindó á quedar en rehenes en lugar de su hija.

Convino en ello el gobernador para disimular. Después propuso á Salibanza fuese á Manila á dar cuenta de la sumisión realizada. Tan luego partió el buque, hizo que los soldados pampangos le llevasen la muchacha al fuerte, produciendo este hecho general escándalo.

Enteróse en Zamboanga su afligido padre; pero no le fué posible la huída por la vigilancia que ejercían sobre él, realizándola al cabo desde Otón. Una vez en Joló, concitó contra los españoles á todos sus amigos, conviniendo en tomar el fuerte por sorpresa y asesinar á la guarnición.

No faltó quien noticiase al gobernador la vuelta de Salibanza y la conjuración tramada: entonces adoptó algunas precauciones é hizo prender á los más comprometidos.

Viéndose descubiertos, retrajéronse los moros de fre-

cuentar el trato de las tropas, aunque sin retirarse por completo. Un día aparecieron en la orilla opuesta del río 80 joloanos. El gobernador los invitó á pasar al fuerte, y se negaron. Mandó ocho soldados para obligarles á obedecer, y solamente lo hicieron ocho. Montó en cólera el gobernador, que era más valiente que comedido en sus actos; atravesó el río, dando orden á la fuerza de disparar caso de que opusiesen resistencia, y desarmó á algunos; otros se retiraron al monte, y el porfiado Morales los sigue; pero rendido y sin darles alcance, volvió á las orillas del río hecho un loco. Cierta soldado le advierte que un joloano de los 40 que allí estaban se había negado á entregar su cris, ocultándolo; el gobernador la emprende á palos con él, y sacando su cris el moro, dijo:—¿Qué es esto, joloanos; cómo permitís que los castilas nos apaleen? Al oírle, se echan sobre sus armas, amontonadas en el suelo, y cierran frenéticos contra los españoles, hiriendo al gobernador: mientras varios soldados lo trasladan al fuerte en una barca, los demás procuran defenderse y ofender á los agresores. Un sargento murió ahogado, y los soldados pudieron ganar la orilla opuesta del río merced al auxilio de la guarnición, que por medio de los cañones logró ahuyentar á los furiosos joloanos, pereciendo siete.

Este suceso puso en conmoción á toda la isla.

El gobernador de Zamboanga dispuso que se hiciera cargo del gobierno de Joló el sargento mayor Don Juan Ruiz Maroto. Procuró contentar á los joloanos; pero no alcanzó lo que deseaba, porque las pasiones estaban muy exacerbadas.

Para reducirlos á la obediencia, fué con suficiente armada el general de las fuerzas marítimas del Sur, Don Pedro de la Mata Vergara, quien recorrió las costas del

Archipiélago de Joló, haciendo hasta 3.000 cautivos y quemando multitud de pueblos.

Tuvo Mata que retirarse á Mindanao por atenciones del servicio, y dejó el mando de la escuadra á su segundo Gaspar de Morales. Este valeroso, aunque imprudente jefe, desembarcó en Paran: halló el pueblo desierto, y quiso perseguir á los fugitivos. Midiendo por su extraordinario vigor la resistencia de sus soldados, los obligó á marchas forzadas y á caminar tanto, bajo un sol abrasador, que iban quedándose atrás rendidos. Cuando dió vista á los moros, tan sólo le seguían ocho españoles.

Al ver cuán pocos eran, acometen los mahometanos, y aunque el valor de Morales y sus compañeros fué heroico, perecieron todos á manos de aquéllos. Su victoria les animó á cargar sobre la cansada tropa, y en la desigual lucha mataron á 39 españoles. Si Morales hubiese sido prudente, bien pudo, teniendo bajo su mando 150 arcabuceros españoles y 450 indios de todas armas, haber sujetado por completo sus islas.

El nuevo gobernador de Joló, D. Agustín de Cepeda, sintió mucho esta desgracia por el efecto moral que necesariamente tenía que producir entre los malayo-mahometanos. Formó decidido propósito de vengar la derrota sufrida, y para lograrlo mejor restableció la disciplina, haciendo que las tropas practicasen ejercicios diarios, habituándolas así con las fatigas del campamento.

Un día escogió 30 españoles y algunos indios y fué á caer sobre el pueblo de Paran, acometiendo con tal ímpetu á sus moradores, que pocos lograron escapar con vida, no obstante hallarse apercebidos á la defensa, reconquistando el buen nombre perdido en la campaña anterior de Morales.

Prendió al paulima (gobernador) moro y otros principales, é incendió el pueblo.

Marchó en seguida con más gente á batir á los habitantes de las islas de Pangutaran y de Tapul, manteniendo constante guerra contra los joloanos.

Así y todo, no dejaban de salir algunas expediciones piráticas.

Una de ellas cayó sobre Calamianes, logrando aprehender al recoleto Fr. Martín de la Ascensión y á algunos indios.

El religioso, víctima de malos tratos, murió en su cautiverio de Tuptup al cabo de un mes.



CAPÍTULO IX.

Astucia del sultán de Mindanao para coger un bergantín guarda-costas de la Sabanilla.—Arriba otro mercante á sus costas.—Va el P. Gutiérrez á negociar con Corralat.—Lo retiene preso.—Ascendiente del jesuita.—El sultán le autoriza á celebrar paces.—Pesar que esto causa al rey de Buhayen.—Traición de un artillero flamenco.—Alevosía de Moncay con el capitán Lucero.—Muerto éste ataca el fuerte.—Valerosa defensa del ayudante Zavala.—Defección de Manaquior.—Sus secuaces pagan con la vida su traición.—El oidor La Rosa envía á Marmolejo en socorro de Zavala.—Reta aquél á Corralat á un combate personal.—Furor del sultán.—Concierta con Manaquior el vengarse.—Cercan el buque de Marmolejo en el río de Simuay con multitud de embarcaciones.—Extraordinario valor de Marmolejo.—Desmontada su artillería toman su buque.—El sultán le perdona la vida por su heroísmo.—El general Mata conviene con Corralat la devolución de los prisioneros y el abandono de Buhayen.—Disgusto de Corcuera al saberlo.—Manda decapitar á Marmolejo.—Ordena el abandono de la Sabanilla y que se haga guerra al sultán.—Morales ataca los fuertes de Corralat.—Éste se interna en los bosques.—Intenta después tomar el pueblo de Lútaos de Zamboanga.—Es rechazado con pérdida de gente.—Concierta se rebelen los basilanos.—El valor del ayudante Ulloa salva aquel fuerte.—Opinión de los historiadores regulares respecto á las campañas de Corcuera.—Estado próspero en que éste deja el Tesoro al cesar en su gobierno.—Mal pago que obtiene.—Un pirata camucón persigue al Arzobispo.—Se halla el ámbar en Joló

Los asuntos de Mindanao no presentaban más próspero aspecto que en Joló.

El astuto sultán Cachil Corralat, molestado por la vigilancia que con las naves piratas ejercía desde la Sabanilla un bergantín guarda-costas, ideó tenderle una emboscada. Hizo aproximar á la fuerza una piragua, y el capitán del bergantín, contraviniendo las órdenes del

gobernador de la Sabanilla, D. Agustín de Cepeda, salió en su persecución con 24 mosqueteros: á poco descubrió tres caracoas piratas, y empeñado en cogerlas, se apartó de la plaza más de lo conveniente. Entonces lo atacaron siete joangas que estaban ocultas en una ensenada. Conocido el engaño, la tripulación del bergantín se defendió bien, matando á 80 moros; pero fué rendida.

Después, otro bergantín arribó por un temporal á las costas del territorio de Corralat, y éste se apoderó de él con pertrechos y gente.

Para negociar la libertad de los cautivos y otros asuntos de interés, fué el P. Pedro Gutiérrez á la residencia de Corralat. El astuto moro retuvo al padre jesuita en su corte, ya con unos, ya con otros pretextos, á fin de tener esa garantía contra los españoles.

Adquirió el padre grande ascendiente y amistad con el sultán, y un día, como revelándole un gran secreto, le comunicó en confianza que pronto iría contra él una poderosa armada.

Agradeció Corralat la noticia; quiso evitar las contingencias de una nueva campaña, y confirió sus poderes al P. Gutiérrez para ajustar paces con los españoles, concediéndole su bandera para que ni en paz ni en guerra fuese molestado por sus súbditos.

Mucho sintió el rey de Buhayen este pacto, deseoso como estaba de perjudicar á los españoles en venganza de su pasada derrota.

La guarnición española de este territorio acababa de sufrir un sensible contratiempo. Ganó Moncay á un artillero flamenco, y, merced á su traición, se apoderó de 20 españoles y de un bergantín que conducía víveres á la fortaleza.

Alentado por su triunfo artero, propuso al jefe de la

fuerza una entrevista fuera de aquel recinto, con pretexto de pactar paces. El capitán Lucero, un oficial y el religioso Fr. Pedro Andrés de Zamora, con algunos soldados, acuden confiadamente á la cita. Cuando más desprevenidos estaban, aparecen infinidad de moros acuchillando alevosamente á los españoles. El oficial murió en el acto. El capitán Lucero, herido de gravedad, fué transportado al fuerte por un sirviente suyo, pero vivió muy pocas horas. Igual suerte cupo al religioso, pues sólo sobrevivió tres días. Los moros atacaron la fortaleza; pero el ayudante Francisco Zavala, que asumió el mando, la defiende con bizarría y logra rechazarlos (1).

Lo que estorbó el valor de la guarnición, intentan conseguir por medio del engaño. Manaquior, hasta entonces fiel aliado de los españoles, pidió al sultán de Mindanao le concediese en matrimonio una de sus hermanas, ofreciendo por dote hacerle dueño de la fortaleza española. Aceptada la proposición por Corralat, penetró en el fuerte en son de aliado el moro Campón con 100 manobos aguerridos. Era su intento asesinar á los centinelas y apoderarse del fuerte. El éxito no correspondió á sus esperanzas, porque, avisado oportunamente Zavala, mandó cerrar las puertas tan luego estuvieron dentro la mayor parte de ellos: hizo en el acto disparar contra los de fuera, matando á 70, y los restantes pagaron con la vida la traición que proyectaban, salvándose únicamente Campón, que se rindió á tiempo.

La ira del mudable Manaquior por semejante fracaso no tuvo límites.

(1) Según los historiadores jesuitas, debióse á la defensa de San Francisco Javier el que no fuese tomado el fuerte, asegurando que el santo apartaba las balas enemigas para que no causaran daño alguno.

El oidor D. Diego de la Rosa, comisionado por el general Corcuera para inspeccionar las fuerzas del Sur, al saber en Zamboanga las novedades de Buhayen, dispuso que el ayudante Matías de Marmolejo marchara reforzar la guarnición con 50 españoles, un champán y dos lanchones. Navegaban estos buques por el río de Simuay, seis millas al Norte de Mindanao, residencia de Corralat; y como los lanchones retardaban la marcha por su pesadez, resolvió, contraviniendo las órdenes que le dieron, dejarlos en el puerto de la Sabanilla, é hizo trasbordar toda la gente al champán. Desde allí, con más arrogancia que prudencia, envió un cartel de desafío al sultán de Mindanao, provocándolo á un combate personal. Esperó tres días; pero como no obtuvo respuesta, continuó río arriba camino de Buhayen.

Irritado Corralat por el desafío de Marmolejo, y Manaquior por el fracaso de los suyos en la fortaleza de Zavala, se confabularon para vengarse.

Reunieron hasta 200 piraguas y 7 joangas, y se situaron en sitio conveniente del río de Simuay. Una semana después aparece el champán luchando contra la corriente. Las joangas lo rodean y lo acribillan á balazos. Marmolejo, con heroico valor, rechaza el ataque bravamente, causando la muerte á un hijo de Manaquior. Esto desconcierta á los moros, pero se reponen en breve: cercan por todas partes al champán y lo atacan con furor, sin lograr por eso vencerlo, á causa de los ciertos disparos de sus cañones. En esta tremenda lucha transcurrió el día. La cubierta del champán presentaba hórrido aspecto con los cadáveres de sus valientes tripulantes; pero aún seguía defendiéndose, hasta que á mitad de la noche, desmontada su artillería por una bala de á 10, y escaso de gente el buque, lo entran al abordaje.

Salváronse únicamente Marmolejo y seis más, cuyas vidas hizo respetar Corralat, admirado de tanto valor. A tal punto llegó su aprecio del heroísmo de Marmolejo, que quiso enviarlo á España para sustraerlo á las iras del general Corcuera. En el asalto del champán mató Manaquior por su propia mano al padre jesuita Bartolomé Sánchez (1.º de Junio de 1642), á pesar de que Corralat le gritaba que no lo hiciese.

Las consecuencias de esta derrota fueron terribles.

El general D. Pedro de la Mata supo en la Sabanilla, á donde había llegado con su escuadra, tan triste suceso, y creyendo evitar mayores males á los otros destacamentos, propuso paces á Corralat. Como consecuencia de un convenio celebrado entre ambos, el sultán entregó á Marmolejo y demás prisioneros españoles, con sus sirvientes, retirándose la guarnición de Buha-yen á la Sabanilla.

Cuando el general Corcuera recibió el parte de lo ocurrido en Mindanao, su furor fué indecible. Atribuyendo todos los males que se siguieron á la indiscreción de Marmolejo, lo mandó decapitar en Zamboanga, cuya terrible sentencia se cumplió en la plaza pública de dicha villa, con profundo asombro de los moros que habían sido testigos de su valor.

También ordenó Corcuera al almirante Gaspar de Morales que demoliese el fuerte de la Sabanilla, y marchara con toda su gente á hacer la guerra á Corralat.

Este había aprovechado las treguas anteriormente concedidas por Mata en reanudar sus antiguas luchas con Moncay, á quien tenía puesto en grave aprieto.

Morales, en obediencia á las órdenes recibidas, destruyó el fuerte de la Sabanilla. Tuvo á poco la suerte de coger dos cañones, municiones y ropas que enviaban á

Corralat de las Molucas. Después, penetrando por el río de Buhayen, tomó varios fuertes defendidos por tropas del sultán, y hasta cercó á éste en su propia capital; pero aunque la tenía muy bien fortificada, escarmentado con la hazaña del cerro de Ilihan, se internó por montes y pantanos.

Algún tiempo después, para vengar este agravio, fué Corralat con 15 embarcaciones á deshacer el pueblo de *lútaos*, establecido al amparo de Zamboanga. Apercebidos á tiempo, se retiraron aquéllos. El gobernador, Don Pedro Palomino, no mostró la necesaria diligencia en acudir contra Corralat, y dió lugar á que escapase. Recibió segundo aviso de que, por estar en seco con la baja marea, era fácil coger los buques piratas: entonces mandó contra ellos al sargento mayor D. Juan Agustín César. Los moros habían arrastrado ya los buques hasta encontrar suficiente fondo; pero metióse en el estero, y seguido de sus españoles, llegándoles el lodo al pecho, mataron muchos moros, hasta que ya no pudieron seguirlos, quedando el brazo de mar bañado en sangre.

El sagaz Corralat, incansable en sus maquinaciones, divulgó luego por todas partes que en breve destruiría á los españoles con el auxilio de los holandeses, y que, una vez vencidos, se las vería con los que resistieran secundarle.

Los basilanos se confederaron con Corralat ofreciéndoles el río de Simuay para poblar, con la ventaja de cederles su tributo. Convinieron en ello los caciques, comprometiéndose á entregarle el fuerte, á la sazón defendido sólo por cinco peninsulares y ocho pampangos, bajo el mando del ayudante Ulloa. Corralat envió á su general Ugbo con una armadilla que debía auxiliar á los basilanos. Descubrióse el complot: acude la armadilla

mora á tomar por fuerza lo que ya no podían conseguir por traición, y cercan la fortaleza; pero el ayudante Ulloa, desplegando heróico valor, contuvo á los mindanaos hasta recibir socorros de Zamboanga, viéndose precisados los emisarios de Corralat á volverse á su país corridos y maltratados.

Los historiadores regulares de Filipinas achacan á los jesuitas el poco resultado que en definitiva se obtuvo de las brillantes victorias del general Corcuera en Mindanao (1) y le combaten rudamente; mas es lo cierto que, á pesar de los cuantiosos gastos que exigieron sus expediciones al sur del Archipiélago, el armamento de las tropas y las obras de reparación en los fuertes de Manila y Cavite, que tuvo necesidad de practicar, ante el anuncio de una invasión holandesa, dejó desempeñado el Tesoro en medio millón de pesos, bien ajeno, á la verdad, de que su sucesor, secundando la venganza de los frailes, encarnizados enemigos del ilustre general, contra el que se ensañaron cruelmente en el juicio

(1) "Los jesuitas éran muy amigos de apropiarse la gloria de todo; no tenían la mejor fama en orden á comercio, y eran muy déspotas cuando tenían á su disposición un gobernador, como lo estaba el Sr. Corcuera.

„Ellos achacan en su historia el no haber tenido efecto la pacificación de Joló y Mindanao á los capitanes, que querían tener el honor de haber reducido los pueblos; ó al comercio que querían tener con los indios; á los vicios carnales de algunos militares, y finalmente, á que desamparaban los presidios por falta de víveres, debiendo buscarlos entre los enemigos. No dudo que habría todos estos excesos, que serán siempre el motivo porque no se reducirán estas islas al dominio español; pero no me atrevo á decidir lo que frustró en esta ocasión las esperanzas que se habían concebido de sujetar de una vez estos moros, que nos hacían tanto daño, porque no debemos juzgar por lo que nos dicen los jesuitas que escribieron esta historia, por ser ellos los interesados.,,

(P. Martínez de Zúñiga: *Historia de Filipinas*, cap. XVII, pág. 278.)

de su residencia, le tuviese cinco años en una estrecha prisión (2), al cabo de los cuales, haciendo justicia, aunque tardía, á sus relevantes servicios, le absolvió el Consejo de Indias, premiando el Rey sus méritos con el gobierno de las islas Canarias.

En 1641, practicando la visita diocesana el Arzobispo de Manila, Sr. Guerrero, fué acometido junto al pueblo de Naryan, en Mindoro, por un pirata camucón, que le tomó la embarcación con su pontifical y equipajes, salvándose difícilmente el prelado por la huída. El terror que le produjo este percance influyó mucho en su salud, quebrantada por los disgustos sufridos durante su gobierno, falleciendo el 2 de Julio.

En el mismo año se halló el ámbar en las costas de Joló. Los jesuitas fueron los primeros en explotar este rico producto, por desconocer los indígenas su valor.

(2) "Arrestáronle en la fuerza de Santiago con una compañía de guardia, apartándole de la comunicación de amigos y confidentes, hasta la asistencia de sus criados; reducido á un aposento oscuro y estrecho, que con honores de tal era un verdadero calabozo: de aquí no se le permitía salir, ni comunicar con otro que su confesor; hallóse el infeliz caballero sin dinero, sin confidentes, sin testigos, sin letrado; acudió como indefenso, por interpuesta apelación, al Real Consejo de Indias, de donde esperaba justicia más suave: en este triste desconsuelo, abandonado de sus confidentes (los jesuitas), y perseguido de muchos que le debían singulares favores, desengañado de la inconstancia de las cosas del mundo, á costa de su experiencia, se puso en manos de Dios,," etc.

(Fr. Juan de la Concepción, recoleto, en su *Historia*, tomo VI, capítulo VI, pág. 193.)

CAPÍTULO X.

Gobierno de D. Diego Fajardo.—Paces con el sultán de Mindanao.—El P. López ajusta las condiciones de un tratado ventajoso.—Fírmase en Simuay.—El datto Salicala y los holandeses atacan los fuertes españoles de Joló.—Los rechaza valerosamente su guarnición.—Cae de la muralla fortuitamente el gobernador de Joló y muere.—Fajardo, por temor á la guerra de los holandeses, ordena abandonar á Joló, previa celebración de un tratado.—Se convierte al cristianismo un general de Corralat.—Despachan los holandeses tres escuadras contra Filipinas.—Aparecen en Joló, van á Zamboanga, y por último, atacan la Caldera.—El capitán Monforte los hace reembarcarse con pérdida de 100 hombres.

El temor de que los holandeses atacaran á Manila y la escasez de tropas, hizo que el nuevo gobernador de Filipinas, D. Diego Fajardo, no creyera posible el envío de socorros á Mindanao y Joló, por lo cual dió orden al gobernador de Zamboanga, D. Francisco de Atienza, de ajustar paces con los moros. Comisionado al efecto el padre jesuita Alejandro López, pasó á la corte de Corralat, y convenidas las condiciones, fué el gobernador de Zamboanga á verse con Corralat y se firmó el correspondiente tratado en el pueblo de Simuay el 24 de Junio de 1645. Por este convenio el sultán de Mindanao cedía una parte de su territorio, extendiéndose las posesiones españolas por el O., hasta Sibuguey; por el E., hasta el río de Tho en la ensenada de Tagalooc, y por el N., hasta la laguna de Malanao, in-

cluso los ríos de Didagun, Taraca y Bancayan, que en ella desaguan.

Accedía Corralat á que en su corte se levantarán templos para atender á las necesidades espirituales de los cristianos allí existentes.

En iguales condiciones se admitió la sumisión y amistad del cuñado de Corralat, Manaquior.

Este tratado se celebró ante el sultán Corralat, hallándose presentes Batiamuda y Goadin, sus hijos; Manaquior, datto de los tagolanos; Balamana, sobrino del sultán; Ugbo, general de la marina; Tobinga, Dumoloon, Mampanguitomoan y Matag Patiocan, principales de dicho sultanato; y por parte de España, Francisco de Atienza, gobernador de Zamboanga; Alejandro López, rector del Colegio de la Compañía de Jesús, y el capitán Durán de Monforte.

Tres días después de firmadas estas paces, la guarnición de Joló, al mando del sargento mayor D. Esteban de Ugalde, rechazaba valerosamente al príncipe Salicala, heredero del sultanato, que con ayuda de los holandeses, á los cuales había ido á buscar á Batavia, llevándoles un rico presente de perlas y ámbar, intentó apoderarse de nuestros fuertes.

Tres días duró el combate, sin resultado para los agresores.

Lo más notable del caso es que al observar los jo-loanos que los holandeses llevaban la peor parte y que su almirante fué muerto de una bala, quisieron apresar sus buques y quitarles cuantos pertrechos y armas conducían para reintegrarse de sus regalos; pero los holandeses lo evitaron levando anclas (1).

(1) "Por horas aguardaban los moros que la fuerza se viniese abajo,

A poco llegó á Joló el capitán Durán de Monforte con ocho embarcaciones.

El valeroso gobernador de esta plaza, visitando las defensas del fuerte, cayó de la muralla, de cuyas resulas murió á los tres días.

La inicua alianza de joloanos y holandeses, y la conveniencia de reconcentrar en Manila el mayor contingente de tropas con que atender á la guerra con los últimos, cuyas escuadras recorrían las costas de Ilocos y Pangasinán, determinaron el que la junta de guerra, convocada por Fajardo, decidiera por unanimidad de votos el abandono de Joló, previa demolición de los fuertes. Esta orden fué comunicada al gobernador de Zamboanga, encargándole que ajustara un tratado con dicho sultán, vendiéndole como fineza lo que era necesidad, á fin de obtener el mejor partido posible de tan lamentable acuerdo.

A la sazón recorría los mares de Visayas una numerosa armadilla mandada por Salicala. Sin embargo, el P. Alejandro López, á quien el gobernador de Zamboanga confió aquella delicada comisión, decidió entenderse con el sultán viejo, residente en Tawi-Tawi.

Para el mejor éxito de su embajada suplicó al sultán de Mindanao mediara en el asunto.

Corralat dispuso que su sobrino Cachil Patiocan y el orancaya Datan escoltasen hasta Joló al P. López, y les dió, además, una carta para el sultán de esta isla, recomendándole atendiese y obedeciera al padre.

como habían ofrecido los flamencos. Y viendo que era ya el tercero día y que se mantenía en pie, empezaron á remolinear y á desconfiar de la empresa, y porque las perlas y ámbar no sahesen tan de balde, trataron de apoderarse de la artillería.,,

(P. Francisco Combes: *Historia de Mindanao*, lib. VII, pág. 384.)

Ambos magnates sirvieron de mucho al embajador para el feliz término de su cometido. Cuando el P. López tuvo arreglado el asunto, fué á Joló el gobernador de Zamboanga y celebró un tratado con Rutxia Bongso, sultán de Joló, cuyas cláusulas fueron las siguientes: se designaba como su heredero al príncipe Bactial, poniéndolo bajo la protección del gobierno español; se reconocía pertenecer al sultán las islas desde Tawi-Tawi hasta Tuptup y Bagahac, y al Rey de España las de Balanguitan, Tapul, Siasi y Pangutaran, debiendo el sultán, en señal de vasallaje, y por dejarle la isla de Bagahac en que había nacido, pagar anualmente tres joangas llenas de arroz, puesto en Zamboanga; se permitía á los jesuitas catequizar á los infieles que voluntariamente quisieran oír sus exhortaciones; se estipulaba la mutua devolución de todos los cautivos hechos desde la llegada de los holandeses, pudiendo rescatarse los antiguos mediante el pago de 40 pesos los *muy buenos*, 30 los *no tanto*, 20 los muchachos y 10 los niños; se convino la retirada de las fuerzas españolas y en demoler los fuertes que guarnecíán. Ofreció el sultán solemnemente procurar, en el término de seis meses, la sumisión de los dattos Salicala y Paquian Cachile, y que haría salir todos los años una escuadrilla en persecución de los camucones y los demás piratas que hostilizaban á las islas Visayas y Calamianes.

Este tratado, escrito en idioma castellano y árabe, fué firmado por ambas partes en el puerto de Lipir el 14 de Abril de 1646, autorizándolo el sultán Rutxia Bongso; Mama, su sobrino, orancaya; Suil, Sambale, Palalua, Boandin, Amatic, Tongopon, Cablitun y otros muchos dattos, por parte de los joloanos; el gobernador de Zamboanga, Francisco de Atienza; el P. Alejandro

López; y como testigos el P. Luis Espinelli, de la Compañía de Jesús; los capitanes Alonso Cortés y Luis de Rojas; el alférez Francisco de Baraona y Castilla; el sargento mayor Alonso Imbong; capitanes Pedro Lirán, Pedro Tamio, José Libot, y los embajadores del sultán de Mindanao, Cachil Patiocan y el orancaya Datan. La firma del sultán estaba en caracteres arábigos.

En su virtud fueron demolidos los fuertes de Joló, retirándose las tropas á Zamboanga.

El P. López marchó á Manila, mereciendo que el gobernador general aprobara sus actos. A su regreso le dió un rico presente para el sultán de Mindanao.

El general malayo-mindanao Ugbo, gran datto y amigo de Corralat, se convirtió al cristianismo, cuyo suceso se celebró con gran pompa. Fué su padrino el gobernador de Zamboanga, Atienza; así es que se le puso D. Francisco, y se le nombró general de los *lí-taos*.

Los holandeses, mientras tanto, ansiosos de tomar venganza de su anterior derrota en Joló, organizaron en Jacatra una poderosa escuadra, compuesta de 15 buques de gran porte, destinando siete á las aguas de aquella sultanía y los restantes á las costas de Luzón. Era su principal intento aliarse con los joloanos para arrebatar á España el imperio de las Filipinas.

El 16 de dicho mes se presentaron los holandeses en la rada de Joló con cuatro grandes navíos y tres embarcaciones menores.

Frustrado su designio por las paces ajustadas y por la ausencia de los españoles, levaron anclas con rumbo á Zamboanga, apresando al paso dos champanes que regresaban de Ternate.

No pareciéndoles empresa fácil el tomar á dicha pla-

za, se dirigieron al puerto de la Caldera. El capitán Durán de Monforte acudió allá por tierra con 50 españoles y 100 indios pampangos para impedir el desembarco.

Al llegar á la punta de Baliguasan comenzaron á disparar los buques holandeses, á cuyo abrigo fueron á tierra algunas lanchas. Los españoles las reciben á pecho descubierto y las hacen retroceder á los barcos en busca de refuerzos; vuelven con más gente, y tienen de nuevo que retirarse. Aún intentan por tercera vez el desembarco, y son rechazados. Entonces se reembarcaron á toda prisa, con pérdida de 100 hombres, alejándose de aquellas playas, testigos de su derrota. Entre las escasas bajas que ocasionaron á los españoles, hubo que lamentar la muerte del esforzado capitán Don Luis de Rojas, quien, con valeroso ardimiento, peleó al frente de sus soldados hasta el postrer instante.

CAPÍTULO XI.

Luchas entre Corralat y Moncay.—Intervienen tropas españolas en favor de aquél.—Armadilla de joloanos y borneos.—Es perseguida y derrotada.—Paces con el príncipe de Joló.—Feliz expedición contra los moros de Borneo.—Escaramuzas de los españoles de Caraga por tierras de Corralat.—Nuevas paces con éste.—Creación de un astillero en Visayas.—Rebeliones que ocasiona.—Asesinatos que cometen los insurrectos.—Son vencidos.—Valor del alférez Tenorio.

En las sultanías de Mindanao y Joló privaban, como siempre, los temperamentos de fuerza. Moncay puso guerra á Corralat; éste, viéndose en apuro, solicitó el auxilio de los españoles. Fué el capitán Monforte en su favor; los buhayenes no se atrevieron á esperarlo, y quedó libre Corralat de su enemigo, agradeciendo él y la sultana el auxilio recibido, según expresivas demostraciones de ambos al valiente jefe de la expedición.

Por esta época los asuntos de España ofrecían buen sesgo en Mindanao, y los jesuitas procuraban extender su influjo entre los moros (1).

No obstante las paces ajustadas con el sultán de Joló, Salicala recorría con su armadilla las costas de Visayas, cautivando gente é infiriendo á aquellos naturales ma-

(1) *Noticia* de los progresos de la cristiandad en el reino de Mindanao.—Carta del P. Pedro Gutiérrez, de la Compañía de Jesús, al R. Padre Luis de Bonifás, provincial de Nueva España. (Manuscrito existente en la biblioteca de la universidad de Méjico, firmado por el autor, á 3 de Agosto de 1646.)

les sin cuento, é igualmente Paquian Cachile, régulo de los guimbanos y señor de Tuptup (Borneo). (1648.)

El gobernador de Zamboanga, Atienza, mandó en persecución de dichos piratas cinco joangas bien artilladas y dos pancos, llevando á su bordo 40 españoles y doble número de indios, á las órdenes del capitán Monforte.

En la capitana embarcó el P. Combes, quedándose después en Leyte. Alcanzadas las nueve embarcaciones de Cachile entre las islas de Burias y Masbate, fueron atacadas con denuedo, tomando al abordaje la capitana de aquel jefe moro, el cual, batiéndose cuerpo á cuerpo, fué muerto de una estocada por el ayudante D. Juan de Isástegui.

Logróse el rescate de 18 cautivos y un rico pillaje que en la embarcación había. Los demás lograron escapar trabajosamente. Salicala se hallaba en el puerto de Luca, en Leyte. Al saber este desastre volvió á Joló sin atreverse á tocar en ninguna isla. El jefe español que con tanto acierto desempeñó este importante servicio fué ascendido al empleo superior.

En sus últimos años de mando tuvo el valerosísimo Atienza grandes disentimientos con los jesuitas, y renunció el gobierno de Zamboanga que tan dignamente desempeñara, sustituyéndole el general D. Rafael Omen de Acevedo.

El viejo sultán de Joló, afectado por la derrota de Cachile, trató de que Salicala concertara paces con los españoles. Valióse del P. López, y se ajustó con el revoltoso príncipe un convenio igual al celebrado con su padre. Murió Salicala á poco; volvió á gobernar Rutxia Bongso, ó mejor dicho, su mujer, y los joloanos se pronunciaron en favor del joven príncipe Paquian

Bactial; pero la sultana se puso al frente de las tropas, y á poco más hay una sangrienta colisión en Joló. Acudió, después, al gobernador de Zamboanga, en demanda de auxilios, y para sosegar tales revueltas se trasladó á Joló el capitán D. José de la Vega, con el P. López. Reconciliaron al joven príncipe con su padre y fué de nuevo jurado presunto sultán, ratificando las paces con España bajo las mismas condiciones anteriores.

Deseando castigar á los indígenas de la costa Nordeste de Borneo, que habían hecho causa común con los joloanos en su última correría, organizó el sargento mayor Monforte una escuadrilla de 14 embarcaciones, tripuladas por valerosos indios visayas y zamboanguenos; fué á Lacaylacay, Ousan, Bangui y otros puntos; saqueó varios pueblos, quemó 300 caracoas de todas clases, libertó á algunos cautivos é hizo 200 prisioneros (11 de Enero de 1649). Los jesuitas que acompañaban á los expedicionarios consiguieron bastantes conversiones entre los isleños, y á haber sido posible guarnecer sus islas, tal vez hoy estarían sometidas á España como las Filipinas.

Los españoles de Caraga verificaron algunas entradas por tierras de Corralat; éste quiso tomar venganza y dió órdenes para los aprestos necesarios. Lo supo el gobernador de Zamboanga y dispuso que pasaran á verse con Corralat el capitán D. Pedro de Viruega y el P. López; ratificóse la paz existente, incluyendo en ésta á Balatamay, rey de Buhayen, por muerte de Moncay, con cuya hija casó siendo príncipe de los manobos.

Por defunción del gobernador de Zamboanga, Omen de Acevedo, le sustituyó interinamente Durán de Monforte; luego fué confirmado en este cargo tan valiente militar, en premio á sus buenos servicios.

Con objeto de aminorar un tanto el trabajo que pesaba sobre los astilleros de Tondo y la Pampanga, determinó Fajardo establecer otro en Visayas. Esta medida produjo en los indios malísimo efecto.

Explotó hábilmente su exaltación un indio llamado Sumoroy, castellano del fuerte de Palapag (Samar), y se negaron á obedecer la orden en dicho pueblo, sublevándose el 1.º de Junio de 1649. Su primer acto fué asesinar al jesuita Miguel Ponce Barberán, con quien tenía resentimientos personales el cabecilla insurrecto, y destruir la iglesia por el fuego, profanando los ornamentos y vasos sagrados.

Esta sublevación tuvo eco en varias provincias, como Camarines, Pampanga, Pangasinán, Ilocos, Caraga, y en todas ellas cometieron los insurrectos algunas muertes de religiosos y españoles.

Para reprimir dicho alzamiento, salió de Zamboanga una escuadra al mando del capitán Juan Muñoz, como jefe superior, llevando al de igual clase D. Juan de Ulloa por almirante y 400 soldados lútaos escogidos, bajo las órdenes de su general Ugbo, con quien iba de sargento mayor D. Alonso Macombon.

Confióse la pacificación de Palapag al capitán Ginés de Rojas; dispuso en Catbalongan 13 embarcaciones y dos champanes, y recibido el refuerzo de Zamboanga (Mayo de 1650), cercó á los alzados en su cerro. Al amparo de las sombras de la noche, favorecidos por un fuerte aguacero, logran los capitanes Francisco de Leyva y Silvestre de Rojas escalar el cerro. Aterrados los rebeldes se desbandan.

Viéndose perdidos se irritan contra el jefe de la sedición, le cortan la cabeza y se la llevan á Ginés de Rojas, quien la mandó colgar para escarmiento. La in-

surrección terminó en seguida sometiéndose los rebeldes.

El general Ugbo quedó herido en Palapag, de cuyas resultas murió muy poco tiempo después.

En Caraga fué el promovedor de la insurrección un indio llamado Davao, jefe de los manobos de los montes de Butuan. No inspiraba este sujeto la menor desconfianza, y el alcalde de la provincia, D. Bernabé de la Plaza, le encomendó la captura de algunos que se habían hecho sospechosos.

Un día se personó Davao en el fuerte de Surigao con ocho hombres atados, y pidió ver á su castellano para entregarlos. Al presentarse dicho jefe, Davao le abrió la cabeza de un machetazo; los ocho fingidos presos se desataron en el acto, y asesinando á cuantos estaban desprevenidos, se hicieron dueños del fuerte.

Esta insurrección costó la vida á varios españoles y al P. Fr. Agustín de Santa María, párroco de Linao.

Fué á Tandag el capitán Gregorio Dicastillo con alguna infantería española, uniéndose al alcalde de Caraga. Llegados á Butuan, intimaron á los rebeldes bajar de los montes, ofreciéndoles perdón. Hiciéronlo así muchos; y faltando á su promesa, fusilaron á los más culpables. Cuando se supo esto en Manila, el gobernador general reprendió severamente el que hubiesen faltado á la palabra empeñada en nombre del Rey, imponiendo un castigo á los citados jefes.

En la jurisdicción de Zamboanga se sublevaron los subanos, asesinando en Siocon al P. jesuita Juan del Campo; al jefe de los soldados para su escolta, Gregorio de Acosta, español; á cinco soldados pampangos y á dos criados de dicho padre, uno de ellos peninsular. (25 Enero 1650).

Poco después fué á sustituir en su ministerio al infeliz P. Campo, el ilustre historiador de Mindanao, P. Francisco Combes.

En Masbate mataron á un alférez. En Basilan dirigía la conspiración un tal Tabaco. Tratábase en junta de sosegar á los revoltosos, cuando el alférez D. Alonso Tenorio dijo al gobernador de Zamboanga que lo mejor era hacer matar á Tabaco, con lo cual se evitaban gastos y molestias; el gobernador, creyendo extemporáneo el remedio, le dijo: «Pues vaya vuesa merced y mátelo.» Tenorio tomó en serio ese dicho, escogió algunos compañeros y fué á Basilan: citó á Tabaco á un sitio neutral; acudió éste con varios de los suyos, y le dijo: «Tabaco, si no quieres que te mate, date preso.» Arrojóse á él con su lanza enhiesta el indio. Tenorio lo rechazó, se hizo general la pelea, y al cabo de algunos instantes el alférez había logrado su intento, volviendo á Zamboanga con la cabeza del cabecilla. Murieron siete de los compañeros de Tabaco, y de los de Tenorio un español y dos indios.



CAPÍTULO XII.

Gobierno de D. Sabiniano Manrique de Lara.—Luchas intestinas en Manila.—Noticia el jefe supremo de las islas su llegada al sultán de Mindanao.—Envía éste un esclavo por embajador.—Va el P. López de embajador cerca de Corralat.—Le recibe con disgusto.—Le irritan las quejas del gobernador y las exhortaciones del padre.—Hace matar á éste y á sus acompañantes.—Procura disculpar su alevosía y busca aliados.—Despacha varias expediciones piráticas.—Esteybar, gobernador de las Molucas, pasa á Zamboanga.—Declara la guerra á Corralat.—Envía una escuadra á sus pueblos.—Apresa algunos buques.—Los lútaos se niegan á pelear contra el sultán.—Depredaciones en Marinduque y Mindoro del datto Balatamay.—Sale de Manila una escuadra en su busca.—Su jefe elude el encuentro de los piratas.—Excursión del pirata Salicala.—Va Esteybar á combatir á Corralat.—Vence en la travesía á un buque holandés.—Parapétase Corralat tras de la barra de Simuay.—Devastaciones de Esteybar en los pueblos del sultán.—Éste se mantiene en su atrincheramiento.—El estado del mar impide atacarlo.—Pasa Esteybar á la Sabanilla y halla orden de volver á las Molucas.

En 1653 se hizo cargo del gobierno supremo de Filipinas D. Sabiniano Manrique de Lara, cuyo mando, por adversidad de las circunstancias y su escaso sentido práctico, fué fatal para la dominación española en el Sur de las islas.

La capital ardía en luchas horribles entre los capitulares del cabildo de Manila con el provisor por una parte, y los frailes y los jesuitas por otra. La privanza de Venegas, valido de Fajardo, había llenado las cárceles de personas distinguidas; el desconcierto más tremendo

y la anarquía más absoluta reinaban en todo el país, y á tal estado habían llegado las cosas, que el ayuntamiento de Manila y el cabildo impetraron del Pontífice romano, Inocencio X, que pusiera paz en los espíritus y remedio á tantos males, correspondiendo el Papa con amplias indulgencias para cuantos hubieren delinquido.

El timorato gobernador, Manrique de Lara, no quiso desembarcar sin que antes bendijese la tierra su combarcano el arzobispo D. Miguel Poblete, procurando uno y otro restablecer la armonía entre los eclesiásticos, la paz pública perturbada y el sosiego de las familias de los perseguidos por Venegas.

Con las discordias de Manila no era extraño que los malayo-mahometanos levantaran de nuevo la cabeza: así es que, tan luego se consideraron en condiciones de luchar, rompieron descaradamente las paces que por necesidad ajustaran, emprendiendo de nuevo sus sangrientas correrías.

El gobernador general había noticiado su llegada á Corralat, enviándole afectuosas cartas por medio del capitán Diego de Lemos y del rector de Zamboanga, P. Francisco de Lado. Aquel sagaz moro, comprendiendo la necesidad del disimulo, quiso entretener á los españoles con falsas protestas; mas no hallando ningún datto respetable que quisiera ir de embajador á Manila, mandó á un inteligente mahometano, esclavo suyo, llamado Bauna (1655), hijo de un cautivo tagalo.

En vez de rechazar semejante embajador, el capitán general lo recibió con agasajo; aceptó las cartas de Corralat y un campilán que le enviaba.

Pretendía Bauna le fuesen devueltos los esclavos mindanaos que tuvieran los españoles y los cañones cogidos por el general Corcuera. No manifestó oponer-

se á su demanda el gobernador, diciéndole que él mismo buscara en la ciudad los esclavos y en la maestranza los cañones; pero éstos habían sido fundidos y aquéllos pertenecían á personas poderosas, que excusaron su entrega por ser ya cristianos y no desear su vuelta á Mindanao.

Manrique de Lara, deseoso de arreglar pacíficamente las cosas, mandó al P. Alejandro López como embajador cerca del sultán de aquella isla, fiando á la mucha experiencia del inteligente jesuita el encargo de celebrar paces formales y duraderas con Corralat.

Marchó el P. López á Zamboanga, con el enviado Bauna. El gobernador de esta plaza le dió una buena escolta al mando del capitán Claudio de Rivera, y aunque algunos lútaos indicaron al P. López que no se fiara de Corralat, persistió en llevar á cabo su empresa.

A su paso por Tanganan invitó á seguirle al Padre Juan de Montiel, párroco de dicho pueblo, embarcándose todos en tres joangas.

Llegados á Simuay, corte de Corralat, sorprendió al P. Alejandro el frío recibimiento que se le dispensaba, bien diferente del que en otras ocasiones obtuvo; pero disimulando, pidió audiencia al sultán para cumplir su misión, contestándole éste que le remitiera las cartas del capitán general. El P. López manifestó que no las podía entregar sino en propia mano. Avínose, al fin, Corralat; expuso el padre el motivo de su ida á Simuay; leyó las cartas en que el gobernador de Filipinas se quejaba de su poca fidelidad en cumplir sus tratados de paz y amistad; su falta en no haber levantado iglesias para el culto católico, y el desacato cometido al mandarle por embajador á un sujeto tan poco caracterizado. Se irritó el sultán por tales quejas: el P. López, exhor-

tándole á la templanza, le dijo, con poco tacto, que todo su afán consistía en que se hiciera cristiano; creció al oír esto la cólera del sultán, y mandó salir de su presencia al jesuita.

En vista del mal éxito de su entrevista, tuvo que regresar á su joanga.

Balatamay, señor de los manobos, de acuerdo con el sultán, avisó al P. López que la esposa de éste deseaba hablarle. Creyó que el sultán pretendía una avenencia decorosa y desembarcó al punto, siendo conducido á casa de Balatamay por sus emisarios. El traidor magnate lo entretuvo con diferentes pretextos, hasta que, á una señal suya, se arrojaron contra el embajador varios moros, dándole muerte.

El P. Montiel y los españoles que con él discurrían por el pueblo, fueron también alevosamente asesinados, á excepción de uno que Corralat perdonó por ser conocido suyo, y de otro español que pudo salvar el perdonado.

Al capitán Rivera, que estaba en la joanga, llevó un moro aviso de que el sultán le tenía dispuesto alojamiento en tierra. Dió crédito al falso mensajero, y así que puso el pie en la arena fué muerto. Corralat se apoderó de cuanto contenían las joangas. Retuvo á algunos lútaos en su poder, y á otros los dejó en libertad de volver á Zamboanga.

Este salvaje atentado, esta inicua violación del derecho de gentes, tuvo lugar el 13 de Diciembre de 1655 (1).

(1) El P. Alejandro López había nacido en Jaca (Aragón), en Julio de 1604. Infatigable defensor del catolicismo, amante en sumo grado del engrandecimiento de España y de la reducción de los malayo-mahometanos del Sur de Filipinas, su vida fué un continuo batallar, per-

Temiendo Corralat la venganza de los españoles, escribió al gobernador de Zamboanga declinando la responsabilidad de lo ocurrido en su sobrino Balatamay, á quien no podía castigar por ser tan poderoso. También escribió á Manrique de Lara, atribuyendo las muertes de los jesuitas y demás españoles á imprudencias cometidas por el P. López, y suplicaba al gobernador que, condonando agravios mutuos, quedaran las cosas como anteriormente. Pero vino á descubrirse su complicidad en el suceso por otra carta dirigida en Junio de 1656 al sultán de Joló, exhortándole á que se uniera á él para defender la religión que ambos profesaban.

El monarca joloano envió esta carta al gobernador de Zamboanga para demostrarle su lealtad (1). Igua-

siguiendo con celo verdaderamente evangélico sus patrióticos y religiosos fines. Era antiguo amigo de Corralat y de los demás sultanes y datos de todos los pequeños estados de Mindanao y Joló, quienes siempre le habían atendido y tratado con respeto.

Referida queda en esta HISTORIA la parte activa que tomó en las expediciones de Corcuera á Mindanao, Joló y Basilan, su feliz intervención en los tratados de paz con aquellos sultanes moros y su afán por el acrecentamiento de catecúmenos.

Había sido rector de Zamboanga y superior de la misión de Dapitan. Al encomendársele su embajada era secretario de su provincia. Hablaba perfectamente los dialectos lútao, mindanao, joloano, visaya y tagalo. Dejó compuesto un vocabulario lútao, y escritas varias obritas religiosas.

(1) Esta carta venía á decir: "Mi hermano rey de Joló: holgárame mucho que goce buena salud, que Alá le guarde muchos años y le conceda todo cuanto desea y le haga buen moro y acuda á todas sus obligaciones, como lo manda su ley. Después de esto le envío á avisar como hemos muerto á los padres porque querían que fuésemos cristianos, y por esto los matamos, y así ueno será que nos aunemos todos para volver por nuestra fe.,,

auxilios solicitó Corralat de los holandeses y de los soberanos de Macasar y de Ternate.

Para excitar más al último le mandaba la carta original de Manrique de Lara, presentando la cuestión bajo el solo aspecto religioso, carta que pudo recuperar el gobernador español de Ternate, y fué enviada á su autor.

El capitán general de Filipinas, no considerándose con fuerzas bastantes para hacer la guerra al poderoso sultán de Mindanao, advirtió al gobernador de Zamboanga que admitiese como buenas sus disculpas hasta ver si llegaban refuerzos de Nueva España y se podían vengar tantos agravios.

Viendo el sultán que su mal proceder quedaba sin el enérgico y eficaz castigo que merecía, cobró ánimos y despachó su gente á piratear por las costas de Zamboanga y de Basilan, terminando la campaña con el saqueo de Tanganan, donde cautivaron al cacique de este pueblo, llamado Ampí, y á 23 personas más. También en las islas Calamianes cometieron los mindanaos horribles daños.

El gobernador de las Molucas, D. Francisco de Esteybar, recibió orden de pasar á Zamboanga, confiriéndole, además del mando de dicha plaza, el cargo de teniente de gobernador y capitán general de todas las provincias del Sur de Filipinas.

El 2 de Diciembre de dicho año 1656 llegó á Zamboanga. Enterado este valeroso jefe de lo ocurrido y sabedor de que los piratas estaban armando en Simuay una escuadra para invadir las Visayas, declaró la guerra á Corralat, sin detenerse á comparar si sus fuerzas eran inferiores ó no á las del enemigo, fiando al esfuerzo de los suyos y á la justicia de su causa el éxito

de la empresa. En el acto dispuso la salida de diez caracoas al mando de D. Fernando de Bobadilla, cuyos buques se hicieron á la mar el 30 de Diciembre.

Este jefe destacó al almirante D. Pedro de Viruega al pueblo de Sosocon, y á la punta Taguima al sargento mayor D. Félix de Herrera.

Supo Corralat por sus espías la salida de la escuadra, y excusó el enviar sus barcos contra la armada española. Veinte días estuvo Bobadilla aguardando en vano los buques piratas.

En esto fué á Zamboanga el datto de Sibuguey, Mintun, ofreciendo el concurso de su gente contra Corralat, quizá para no ser el primero en pagar los daños de la guerra. Se dijo que el sultán había mandado cuatro buques por arroz al pueblo de aquel caudillo, y á interceptar este convoy marchó Bobadilla (2 de Enero de 1657).

Al llegar á la silanga adelantó dos pequeñas caracoas á reconocer el sitio. Éstas rindieron á una embarcación grande, pero sus tripulantes aterrorizaron á los lútaos que iban en la nave española, diciéndoles que en breve serían destruídos por Corralat, que esperaba en Mintun con 15 embarcaciones. Como los lútaos de la escuadra de Bobadilla eran afectos al sultán ó estaban temerosos de caer en su poder, amenazaron al comandante con que desampararían el campo cuando el combate estuviese más empeñado si les obligaban á pelear contra Corralat.

En vista de esto tuvo Bobadilla que volverse á Zamboanga, perdiendo tan propicia ocasión de vengar la inicua alevosía del viejo sultán.

Sin embargo, apresó bastantes embarcaciones pequeñas, llenas de arroz, y 40 cautivos.

Ya declarado enemigo el sultán, y atribuyendo á im-

potencia la impunidad en que se dejaba la muerte de los embajadores, mandó sus escuadras á piratear, bajo el mando del príncipe Balatamay. Este falaz moro, después de cometer los más violentos atropellos en Marinduque y Mindoro, regresó á Mindanao con multitud de cautivos y riquísimos despojos.

Mientras Balatamay corría las islas mencionadas, salió de Cavite, por orden del gobernador general, una lucida escuadra, al mando de un jefe cuyo nombre callan las crónicas, en quien se supuso brillante comportamiento, según el valor de que blasonaba en los salones; pero lejos de cumplir con su deber, se detuvo en Balayan, so pretexto de proveerse de arroz, y luego en Mindoro, logrando su menguado intento de no encontrar á los moros, no obstante que las fuerzas de su mando eran más que sobradas para destruir á los piratas.

A fin de que maniobrara en combinación con dicha escuadra, hizo Esteybar que el alférez Luis de Vargas recorriera las costas de Mindanao; pero como el jefe de aquella faltó á las instrucciones recibidas, y no la pudo ver, se limitó á quemar un pueblo de la ensenada de Simuay, donde cogió varios cautivos.

Bobadilla redujo á cenizas la antigua corte de Corralat, Lamitan, habiendo huído sus moradores á los bosques.

También en dicho año de 1657 corrió los mares con su escuadra el datto Salicala, de Mindanao: los indígenas, consternados, abandonaban sus pueblos sin atreverse á resistirlo; cautivó sobre 1.000 indios, llegando su atrevimiento hasta pasear la bahía de Manila.

Esteybar armó entonces una escuadrilla de caracoas y vintas, saliendo de Zamboanga el 1.º de Enero de 1658, resuelto á castigar severamente á los piratas.

Hizo correr la voz de que iba á Sibuguey. Llegó en siete días á este río, y encomendando parte de sus fuerzas al sargento mayor Itamarren, destruyó al pueblo de Namucan, y quemó en Luraya muchas embarcaciones. Cuatro pilanes apresaron la joanga que había llevado á Simuay el P. López, tripulada por moros de Mintun.

Mudando de rumbo repentinamente, se encaminó á Punta de Flechas para ir á la corte de Corralat, pero antes mandó 30 españoles, con el capitán D. Pedro de Viruega, al partido de Butig. Su régulo Matundin, que lo defendía al frente de 500 hombres, fué derrotado, las sementeras taladas y el pueblo reducido á cenizas. Los sembrados de este partido eran de gran riqueza, por ser el principal granero de arroz de Mindanao. También causó grandes daños en la Sabanilla el capitán D. Juan González Carlete.

El 19 de Enero encontró la escuadra á un grande navío holandés rodeado de algunas embarcaciones piratas. Trató Esteybar de que le dejara paso franco sin entablar lucha, á cuyo fin izó bandera blanca, pero el comandante del navío neerlandés puso bandera roja, disparando todas sus piezas contra los buques españoles. Entonces, sin reparar la superioridad del enemigo, acomete Bobadilla á boga arrancada al navío, hasta ponerse bajo su artillería, y Esteybar le ataca por la popa.

Ya iban los españoles á lanzarse al abordaje, cuando una bala disparada por el buque de Esteybar incendió la Santa Bárbara del navío holandés, volándose en el acto.

Veinticuatro tripulantes lograron sobrevivir únicamente, los cuales fueron extraídos del mar y hechos prisioneros.

Esteybar siguió su rumbo á Simuay, cuya barra estaba fortificada con grandes estacadas. Además, en sus extremos había dos fuertes guarnecidos por malayos, macasares y holandeses. No arredró esto á Esteybar, y se previno á tomar las posiciones enemigas, á pesar del consejo en contrario de sus capitanes.

Mientras resolvía la manera mejor de realizarlo pasó con la escuadra al río de Buhayen, despachando por una de sus entradas al valeroso Bobadilla con algunos buques, y por la otra al sargento mayor Itamarren.

El primero saqueó y taló los pueblos y sementeras de Tannil y Tabiran; el segundo los de Lumapuc y Buhayen: destruyeron una poderosa armada dispuesta para asolar las islas, y llevaron por despojos muchos *versos*, mosquetes, campilanes, crises y todo género de armas.

En el pueblo de Buhayen residía el príncipe Hamo, hijo de Moncay, al que le tenían usurpado el reino; enarboló bandera blanca y una cruz sobre su casa, deseoso de aliarse con los españoles; pero escarmentados con las traiciones de los moros, continuaron las hostilidades, sin hacer aprecio de aquella señal. Mientras fabricaban balsas para atacar la fortaleza de Corralat, fué el capitán Antonio de Palacios á destruir el pueblo de Tampacan y sus convecinos. También el ayudante Antonio Vázquez desembarcó con orden de que cortase la retirada á los espías enemigos. Eran éstos en número de 20, perfectamente armados; Vázquez se lanzó á ellos, y del primer encuentro mató á cinco é hirió á seis; los demás murieron á balazos en el monte.

Volvió Esteybar á la barra de Buhayen; supo que á una jornada de allí había un pueblo de lútaos, llamado Maolo, y con deseo de castigarlo y tomar noticias de

la costa, envió al sargento mayor Itamarren, quien, hallándolo desierto, puso fuego al pueblo, mató cuatro moros é hizo dos cautivos, únicos que aguardaron su ataque.

No obstante estas provocaciones, y las directamente hechas á Corralat en los alrededores de sus trincheras, no se logró sacarle á campo raso.

Construídas varias balsas en que se pusieron piezas de artillería, entró el gobernador en la mayor de aquéllas, y con el auxilio de las embarcaciones batió el fuerte de Corralat por espacio de cuatro horas, el cual se defendía bien: vióse que era insuperable la dificultad de asaltarlo, y que la artillería maniobraba con poco fruto por el estado del mar; así es que decidió retirarse á la barra de Buhayen. La escuadra fué á la Sabanilla el 17 de Febrero. Aquí recibió orden Esteybar de volver á Molucas, y marchó á Zamboanga.

Sin embargo del notorio valor de este caudillo y de los daños inferidos á los moros en sus dos meses de campaña, su retirada satisfizo mucho á Corralat, puesto que se libró de andar vagando por los montes como en anteriores ocasiones.

CAPÍTULO XIII.

Procura Corralat poner en estado de defensa sus Estados. — Invasión de varios dattos de Joló y de Tawi-Tawi. — Se encarga del gobierno de Zamboanga D. Fernando Bobadilla. — Pánico que produce en Manila el anuncio de una invasión china. — Se sublevan los sangleyes. — Son vencidos y expulsados del país. — Se consagra el gobernador á poner á Manila en estado de defensa. — Decreta el abandono de Zamboanga, la Sabanilla, Calamianes é Iligan, para llevar sus guarniciones á la capital. — Terror entre los lútaos por esta medida. — Invaden los joloanós las Visayas. — Representaciones del gobernador de Zamboanga y del P. Combes en contra del abandono de Zamboanga. — Persiste Manrique de Lara en su resolución. — Abandono de los presidios del Sur. — Inconveniencia de este acuerdo. — Se hace cargo de la fortaleza de Zamboanga el lútao Macombon. — Los jesuitas le entregan también sus casas é iglesias. — Raro suceso en Mindanao.

Había reemplazado al valiente Esteybar en el gobierno de la plaza de Zamboanga, con iguales títulos y preeminencias que aquél, D. Fernando de Bobadilla, jefe no menos animoso y resuelto. Corralat, para ásegurar mejor sus dominios contra agresiones de los españoles, hizo que Namu, rey de Buhayen, estableciese un fuerte en la desembocadura del río, cuya margen opuesta fortificó asimismo Corralat; encomendó á Matundin la defensa de la barra de Simuay, y á los basilanos Ondol y Boto que levantarán un baluarte en la boca del estero de Zamboanga.

Sustituyó á Bobadilla D. Diego Zarria Lazcano, quedando aquél al frente de la armada.

Los dattos Linao y Libot, de Joló, y Sacahati, de Tawi-Tawi, con 13 embarcaciones, recorrieron las costas de Bohol, Leyte y Masbate. Cerca de Luban dieron muerte al P. Fr. Antonio de San Agustín, que, por sus achaques, no pudo internarse en aquella isla como los demás que con él iban en su embarcación. Salió de Manila una escuadra al mando de D. Pedro Durán de Monforte; estuvo en Luban, Mindoro, Panay y Gigantes, sin descubrir á los piratas, y regresó á la capital. Los moros pudieron regresar á Joló con muchos despojos y 80 cautivos. El sultán de esta isla devolvió dichos cautivos, para demostrar que quería paces con los españoles.

Pasó de gobernador á Zamboanga el general Don Agustín de Cepeda (16 de Junio de 1659), sin que en el tiempo que ejerció el mando ocurriesen sucesos dignos de mención, yendo después á servir el gobierno de Molucas. El que le sustituyó tuvo grandes disgustos con los jesuitas, quienes en sus *Historias* refieren muy al por menor lo mucho que quiso perjudicarles en sus intereses, volviéndose á encargar nuevamente del gobierno de Zamboanga D. Fernando Bobadilla (15 de Febrero de 1662).

Las autoridades y los vecinos de Manila fueron víctimas en Mayo de 1662 de un pánico horrible, por la pretensión del poderoso pirata chino Kue-Sing, de que el pequeño reino de Filipinas le rindiese parias y se declarara tributario suyo, so pena de pasar con sus escuadras á destruir á los españoles, conforme había hecho con los holandeses, arrojándolos de la Formosa.

Esta embajada, que llevó á Manila el padre dominico Fr. Victorio Ricci, y la consiguiente indignación contra los chinos, originó una sublevación de los residen-

tes en Manila, que fué vencida, y el que la Junta de autoridades resolviera expulsarlos del país y rechazar con las armas la agresión de Kue-Sing, disponiendo el gobernador general grandes armamentos y cuantos preparativos de defensa le parecieran necesarios para salir victorioso del tremendo peligro que amenazaba á las islas.

Pero la más grave y transcendental de las medidas adoptadas en la junta presidida por Manrique de Lara, fué el abandono de la utilísima plaza de Zamboanga, avanzado centinela de nuestra dominación sobre las costas habitadas por los feroces malayo-mahometanos, y el de la Sabanilla, Calamianes é Iligan, también en sumo grado importantes, con el intento de reconcentrar en Manila todas las fuerzas que las guarnecían (6 de Mayo).

Esta noticia causó entre los súbditos españoles de aquellas tierras, ó sea entre los lútaos, profunda pena y grandísimo temor. Quejáronse amargamente del desamparo en que se les dejaba, quedando expuestos á la venganza de los moros, que ya no podían considerarlos como de su misma raza, y los odiaban de muerte por haberse hecho cristianos. Estas justísimas quejas, y la conciencia de los perjuicios que iban á seguirse con la retirada de las fuerzas españolas, impulsaron al gobernador de la plaza, D. Fernando Bobadilla, y al docto P. Combes, á solicitar del gobernador general que revocase su mandato, exponiéndole uno y otro las muy atendibles y poderosas razones que así lo aconsejaban.

La noticia de que los españoles se veían en tan tremendo conflicto, animó á los joloanos á repetir una vez más sus terribles correrías.

Los dattos de Joló, Tawi-Tawi, Lacay-Lacay y Tup-tup, armaron 60 embarcaciones, y dividiendo sus fuer-

zas en varias escuadrillas, saquearon y quemaron los pueblos de Poro, Baybay, Sogor, Cabalian, Basey, Dangajon, Guinobatan y Capul. Dieron muerte al capitán Gabriel de la Peña; cautivaron al de igual clase, Ignacio de la Cueva, y al padre jesuita Buenaventura Barcena (1); llegaron hasta los montes en persecución de los religiosos, y á cuantos indios cogieron transportaron cautivos á su país, matando á muchos de todas edades y clases.

El gobernador general de las islas mandó una escuadra á perseguir los piratas, pero nada hizo. Sólo desde Zamboanga les salió al encuentro el ayudante Francisco Alvarez, que apresó la caracoa del corsario Gani, pariente de Salé, y de 30 cautivos que llevaba libertó á 22, yendo después á una isla de Joló, donde cautivó 12 moros.

Bobadilla, en contestación á su mensaje, recibió el 8 de Noviembre órdenes apremiantes, fechadas el 5 y 8 de Setiembre, para que se trasladase á Manila sin pérdida de tiempo, condescendiendo el gobernador con que dejara, á lo sumo, 50 españoles en la fortaleza de Zamboanga.

Esto equivalía á condenar á esos infelices á una muerte segura, y de ello protestaron los padres jesuitas, que necesariamente hubieran corrido igual destino; decidiendo, por último, la autoridad superior de las islas, el total abandono de las expresadas plazas (2).

(1) Este murió á poco en su cautiverio de Tawi-Tawi.

(2) "Representé yo al gobernador por escrito, y de palabra, todos los inconvenientes, haciéndole evidencia que la salud de las islas solamente consistía en tener guarnecido el puesto de Zamboanga, porque con solamente residir allí los españoles, aunque la ocasión presente los menoscabase, dejando limitado el presidio á sólo su conservación, se les

Todavía Bobadilla, con el fin de alentar á los lútaos, y de que creyeran los moros que no abandonaba el puesto, mandó en su persecución al capitán D. Juan de Morales Valenzuela, con dos caracoas, á las islas llamadas Orejas de liebre, el 2 de Enero de 1663; pero el 4 del mismo mes recibió nueva y más decisiva orden del capitán general, fecha 11 de Octubre, para que, sin dilación ni excusa alguna, abandonase á Zamboanga,

quitaba al Mindanao y Joló la mitad del poder, por ser igual al que ellos tienen el que sustenta á su abrigo pacífico aquella fuerza, y le obligaba, cuando quisiese romper, á dejar en guarda de sus casas á otra mitad como se había experimentado careando los esfuerzos de ahora en interrupciones que ha habido de la paz, con las ordinarias armadas que echaban antes que los enfrenara la fuerza; pues en ésta, echando el resto, jamás había pasado su armada de seis á ocho caracoas; y en lo antiguo echaban 80, que llenaban de pavor y estragos todas las islas hasta las bocas de la bahía de Manila. Que sólo esta fuerza había conseguido los fines de su erección, reprimiendo ambos cosarios; y cuando se aseguraba de ellos, enfrenando al Burney, haciendo jornada á su reino todos los años, é impidiéndoles entonces el invadir las islas. Que ningún otro medio era efectivo, por ser solamente los navíos en que navegaban los de Zamboanga de la misma forma que los de los cosarios, y con los que solamente se les puede dar alcance. Que con menos armada y costo se hacía desde allí la defensa y se les daba el castigo; porque aunque juntos en armadas eran poderosos contra el descuido y flojedad de los naturales; pero vueltos á sus casas, eran tan indios como los demás, y se esparcían en sus sementeras y pesquerías, y dos pilanes los podían inquietar, como se había experimentado en los rompimientos pasados, que con dos pequeñas canoas equipadas hizo el gobernador de Joló, D. Agustín de Cepeda, ahora maestre de campo general de las islas adyacentes á Joló, le fuesen tributarias. Que el remedio que los de la junta ofrecían de armada de las islas que les saliese al encuentro y las defendiese, no solamente estaba condenado de la experiencia por inútil, sino por dañoso. Inútil, porque jamás con ella se había dado caza al enemigo, porque era lo mismo que seguir un buey á una garza, y solamente llegaba á averiguar los estragos y nunca á vengarlos. Dañoso, porque era echar nuevo enemigo contra las islas, por los daños que hacían

visto lo cual avisó á Morales que se retirara, como lo ejecutó el 7, apresurándose á cumplir dicho imperioso mandato, convencido de que era ya de todo punto imposible oponerse á tan sensible determinación.

El gobernador de Zamboanga hizo solemne entrega de la fuerza al maestre de campo de los naturales lútaos, D. Alonso Macombon, recibéndole pleito homenaje de tenerla por el rey de España y defenderla

los soldados en los pueblos donde saltaban, á título de buscar bastimentos, y condenar á galeras perpetuas á los pobres naturales, cargados de tantos repartimientos, tributos y servicios personales, por los malos tratamientos que les hacían; que miraban con tanto horror esta carga como la de las galeras; sin diferenciarse más que en no llevar prisiones, con gran menoscabo de los tributos reales, por los muchos que morían en este ejercicio, así por el trabajo, poco sustento, como por ser los más gente del monte, desacostumbrada al remo y desdichada en la mar, por no sufrir sus inclemencias. Que hoy no había potencia en las islas para echar tan poderosas armadas como en lo antiguo, ni capitanes y soldados tan experimentados; y si aquéllos, con tan lucidas compañías de soldados, no habían servido para el efecto creado de redimir las islas de tan fiero cautiverio, mal se podía fiar de las que ahora se podían despachar, estando acabada la milicia, y no hallándose puros españoles 200 hombres. Que siendo esta la carga más intolerable para los naturales, era mala política no echarla, como podíamos, á hombros de nuestros enemigos, á quienes no les era pesada, por vivir en este ejercicio; antes favorables á sus intentos piratas, poniéndoles las proas á nuestros enemigos. Que era menos la gente que se requería para sustentar el presidio, que para sustentar en pie una armada. Y que estos gastos los pagarían las provincias, que desde que se puso el presidio se les añadió al tributo una medida de arroz, que pagaban igualmente los naturales y los encomenderos, que montaba mucho más que el gasto que podía hacer la fuerza. Que cuando fuese necesario valerse de la gente de allá por más práctica, mientras instaba esta necesidad, se quedasen 40 españoles, 70 pampangos y 50 negros, que acá harían poca falta, y el número de españoles me ofrecía yo á suplirle de los extravagantes esparcidos en los pueblos de los naturales, de que yo tenía experiencia, y en el gobierno no había noticia. Mediante este informe,

de sus enemigos; pero se negó á incluir entre éstos al sultán de Mindanao, á pretexto de que no tenía poder bastante para oponerse al del temido Corralat.

El gobernador, temeroso de una defección, no le dejó artillería ninguna.

Los jesuitas entregaron también á Macombon sus casas é iglesias, llevándose las imágenes, ornamentos, cálices y libros; 6.000 cristianos quedaron en Zamboanga expuestos á las iras de los mahometanos.

Algunos lútaos, aunque pocos, determinaron marchar á las provincias de Cebú ó Dapitan; otros se re-

dispuso el gobernador se quedasen 25 españoles y 25 pampangos. Dió orden que viniese á Manila la armada de los lútaos, pareciéndole se aseguraba con esto todo. A esta disposición, repliqué yo que era poca gente 50 hombres para guarnecer tan grande fuerza, y no teniéndola para cambiar, que ocho días estarían degollados, por no tener agua dentro y serles forzoso ir á conducir en embarcaciones muy lejos; así que los lútaos rompiesen la presa, que la hacen llegar á la fuerza, y que, ó había de quedar con poder bastante, ó dejarla del todo, porque esotro fuera entregarle los soldados y armas al enemigo. Y que por el lútao que viniese de armada á Manila daría yo mi cabeza, que era ese arbitrio de gente que no tenía experiencia de esa nación, de su poder, de su poca fe, de la calidad de la fuerza.

„A la verdad, lo que hizo discurrir tan á tientas en esta junta, fué el no haberse hallado hombres de experiencia en ella, ocupados los cabos militares que se habían hallado en aquellas guerras, y gobernado aquellas fuerzas en los puntos remotos de la ciudad. El general D. Agustín de Cepeda, en el gobierno de Ternate; el almirante D. Francisco de Atienza, en el gobierno de la Pampanga; el almirante Pedro Durán de Monforte, en el gobierno de Iloilo, y otros en Zamboanga y Caraga. Resolvióse, pues, el capitán general en desamparar del todo á Zamboanga, y para eso se despacharon las órdenes con el aprieto, que no dejaron lugar para arbitrar en la ejecución, mandando que “ciegamente obedeciera,” (palabras formales de la orden), sin darle interpretación.” (P. Francisco Combes: *Historia de Mindanao*, lib. VIII, páginas 548 y siguientes.)

partieron por Joló y Mindanao en busca de amparo, volviendo á su antigua religión.

El abandono de nuestras plazas de Mindanao, aunque se disculpe con la difícil situación de la capital de las islas, fué una medida en demasía imprudente, pues, por atender á un peligro dudoso, quedaban expuestas las islas Visayas á otro más inmediato y real, aparte del retroceso que necesariamente tenía que experimentar nuestra dominación entre los naturales de Mindanao, donde á la sazón existían sobre 70.000 cristianos (1).

(1) En un informe que por orden del gobierno supremo redactaron los jesuitas en 1654, se describe así el estado de la población cristiana:

“La isla de Mindanao es la mayor de estas Filipinas, después de Manila. Está todavía por sujetar gran parte de ella. En lo sujeto tiene la Compañía á su cargo las jurisdicciones de Iligan y Zamboanga. Este es el principal presidio de los españoles, donde está principiado á fundar un Colegio. Este tiene un rector, con cinco operarios sacerdotes. Los pueblos que doctrina son el de los naturales y lútaos de la misma Zamboanga, que son 800 familias, y en lugar de tributo sirven en nuestras armadas de remo, que muy de ordinario andan en corso en defensa de nuestras costas y ofensa de las enemigas. La isla de Basilan, en frente del presidio de Zamboanga, á dos leguas de distancia, tiene cerca de 1.000 familias, que atraídas por la industria, cariño y solicitud de los padres doctrineros, se manifiestan más para ser administrados; y en tiempo del tributo parecen los menos, y la benignidad cristiana de los españoles, que atiende más al bien de las almas que al interés personal, los disimula por no estar aún totalmente doméstica y sujeta esta gente, y por el riesgo de perderlo todo si se apretase mucho; lo cual pasa sí, no solamente en la isla de Basilan, sino también en todas las demás de esta jurisdicción de Zamboanga. En la tierra de Mindanao, que son la Caldera, puerto nombrado á dos leguas de Zamboanga, hacia el Oriente, que tendrá 200 familias; Bocot, 250; Piacan y Siraney, 100; Siocon, 300; Maslo, 100; Namican, 30; Data, 25; Coroan, 20; Bitales, 40; Finigan, 100; Tupila, 100; Sanguinto, 100, que están á la parte meridional de Zamboanga, y por todas montan 3.251 familias. Inclúyense también en esta jurisdicción las islas de Pangotaran y Ubian, distantes tres

El pirata que tal pánico causara á las autoridades de Manila, y tan grandes daños ocasionó á la causa de la reducción de los piratas malayo-mahometanos, sucumbió sin realizar sus amenazas.

Durante el gobierno de D. Juan de Vargas (1679), el sultán de Borneo envió una embajada solicitando establecer transacciones mercantiles con Filipinas, á la que correspondió Vargas con otra muy lucida por medio del sargento mayor D. Juan Morales de Valenzuela.

En 1701 ocurrió en el Sur de Filipinas un suceso tan trágico como curioso. El sultán de Joló pasó á visitar al de Mindanao, haciéndose escoltar, para mayor ostentación, por una escuadra compuesta de 67 embarcaciones. Viendo tal séquito, temió el de Mindanao, Cutay,

días de viaje de Zamboanga, cuyos habitantes, ya casi todos cristianos, dan, cuando pasan por allí las armadas, algún género de tributo: las islas de Tapul y Balonaquis, cuyos naturales son todavía infieles; hay alrededor de Basilan muchas isletas, acogida de indios fugitivos, muchos de ellos cristianos, que en ocasiones se manifiestan á los padres para ser administrados, y á su persuasión se agregan á servir en las armadas. Pertenecen también á la misma jurisdicción de Zamboanga, la isla de Joló, en la cual hay muchos cristianos, de los que quedaron allí cuando se retiró el presidio español: van algunas veces á visitarlos los padres ministros, y procuran atraerlos para administrarles los santos sacramentos. Y reducidos todos éstos á familias serán poco más ó menos, en Pangotaran y Ubian, 200, en Tapul y Balonaquis, 150; en las isletas de Basilan, 200; y en Joló con las suyas, 500, que por todas hacen 1.000.—Jurisdicción de Iligan, con su residencia de Dapitan.—Corre esta jurisdicción por la costa oriental de la isla, y tendrá su distrito largas 60 leguas, en que se comprende la nación de los subanos, que es de las numerosas de la isla, y más dispuesta para la doctrina evangélica, *por ser gentiles y no mahometanos* como los mindanaos. El pueblo de Iligan, que es cabecera de la jurisdicción, donde asiste el alcalde mayor y capitán de infantería de presidio, tiene hasta 100 tributarios en la playa, y la tierra más adentro en otro pueblo que llaman Baloy, habrá 200 familias, si bien para el tributo no parecen sino 30. Y en otro pue-

sucesor del insigne Corralat, que no llevara intenciones pacíficas y mandó cerrar la bocana del río, con lo cual, ofendido el de Joló, desafió á aquél á un combate personal. Aceptado su reto, lucharon cuerpo á cuerpo ambos sultanes, con tal rabia, que se dieron la muerte el uno al otro. Inmediatamente se encendió la guerra en los dos pueblos. Los joloanos, rompiendo las estacadas que cerraban el río, se retiraron á su isla con muchas armas y despojos.

El nuevo soberano de Mindanao pidió auxilios al gobernador de Manila, D. Domingo Zubáburu, pero les aconsejó depusieran sus diferencias, enviando con este fin al padre jesuita Antonio de Borja, quien pudo lograr su objeto.

blo llamado Lavayan, que está de la otra parte de Iligan y ensenada de Panguil, 50, bien que ellos son dos tantos más. Síguese Dapitan, que es la cabecera de la residencia y doctrina, por ser de los más antiguos cristianos de estas islas, que de su voluntad salieron al encuentro á los primeros españoles que vinieron á la conquista, y les guiaron y sirvieron en ella, y siempre han permanecido fielmente en su amistad, por lo cual están reservados de pagar tributo. Son hasta 200 familias, y en otro pueblo que está la tierra adentro, en la cabecera del mismo río, habrá 250. Los pueblos que corren la costa adelante hacia Zamboanga son Dipoloc, de 300 familias; Duino, 600; Manucan, 100; Tubao, 100; Sindangan, 500; Mucas, 200; Quipit, 300, que por todas montan 2.750 familias, las que se computa haber en esta residencia, á cuya doctrina asisten de ordinario cinco sacerdotes.,

Vese, pues, que la población cristiana al cargo de los jesuitas en Mindanao y sus adyacentes era en aquella época de 50.000 almas. Los agustinos descalzos que en 1621 habían acudido en auxilio de éstos para atender á las jurisdicciones de Butuan y Caraga, administraban otras 20.000 almas, cuando menos; y como la población total de la isla se calculaba entonces de 150.000, según el P. Colín, resulta que habían abrazado el cristianismo y obedecían á las autoridades españolas más de dos quintas partes de sus habitantes.

CAPÍTULO XIV.

Depredaciones de los moros durante el desamparo de Zamboanga.—
Gestiones de los jesuitas para el restablecimiento de este presidio.
—El gobernador Bustamente envía una expedición á realizarlo.—
Restablece también el presidio de Labo.—El sucesor de Bustamante
lo hace abandonar.—El reyezuelo de Butic intenta tomar á Zam-
boanga.—Es rechazado y cae sobre Linacapan.—Expediciones con-
tra los piratas moros.—Envía á Manila el sultán de Joló á un chino
por embajador.—Va á dicha isla el alcalde de Parian y celebra un
tratado con aquél.—Nuevas depredaciones de los malayo-mahome-
tanos.

Natural parecía que, pasado el peligro de la temida
invasión del pirata Kue-Sing, volvieran á ocuparse las
plazas desamparadas en Mindanao; pero no se hizo así,
y durante medio siglo no transcurrió año alguno sin que
los pueblos cristianos de Mindanao y de Visayas dejaran
de experimentar pérdidas inmensas en sus intereses
materiales y gravísimas violencias en las personas de
sus moradores, muchos de los cuales fueron arrebatados
de sus hogares para sufrir entre los moros horro-
rosa esclavitud. Por do quiera se veían poblaciones des-
truídas, iglesias saqueadas é infelices indios muertos,
sin que sus esfuerzos por defenderse lograran poner re-
medio al salvajismo creciente de los feroces mahome-
tanos, no obstante los infinitos combates que continua-
mente se libraban entre sus ligeras embarcaciones y la
escuadra llamada de *pintados*, compuesta de unas 100
piraguas, creada exclusivamente para perseguir á los
piratas.

Los jesuitas practicaron vivísimas gestiones en la corte por conseguir el restablecimiento del presidio de Zamboanga. El P. Luis de Pimentel, procurador general de la orden, hizo presente al Real Consejo de Indias en 1666 los grandísimos perjuicios consiguientes al abandono de aquella importante plaza. En su consecuencia, se expidió una Real cédula en 30 de Diciembre de dicho año, previniendo que «se volviese á presidir el sitio de Zamboanga.» La opinión de las autoridades de Filipinas era contraria á esta medida, y las comunidades religiosas, que no veían de buen grado la intrusión en el Archipiélago de los padres de la Compañía de Jesús, interpusieron su influencia y la cédula Real no llegó á cumplirse. Reiterada ésta en 1672, tampoco fué obedida. Los jesuitas no desmayaron por eso, y aunque en muchos años sus instancias obtuvieron escaso éxito, tal fué su tenacidad y constancia, que al fin, en 19 de Junio de 1712, ordenó el Rey terminantemente la realización de lo mandado. Pero aun así, esto no tuvo lugar hasta el año de 1718, en que, á pesar del parecer de la Junta de autoridades, que se opuso á ello por diez votos contra siete, realizó su cumplimiento el señor D. Fernando Bustamante, á quien por su severidad cupo el triste fin de ser asesinado en un tumulto, á cuya cabeza se pusieron los religiosos de todas las ordenes monásticas de Filipinas y los jesuitas.

Para restablecer el presidio se habilitó una expedición al mando del general D. Gregorio de Padilla y Escalante.

El ingeniero D. Juan Sicarra reedificó la fortaleza de Zamboanga sobre los cimientos de la primitiva fortaleza. Formó, pues, cuatro baluartes, llamados *San Francisco Javier*, *San Felipe*, *San Fernando* y *San Luis*, con

sus recintos, parapetos, plataforma y orejones, y los gruesos correspondientes. En su centro alzábase el cuartel para la infantería española, cuerpo de guardia, casamata, almacenes, capilla y las oficinas necesarias. Seguía la ciudadela, cerrada con dos baluartes: el denominado *Santa Bárbara*, de figura cuadrada, y otro, el *Santa Catalina*, á modo de orejón. En el centro de ambos se estableció el hospital, cuerpo de guardia, cuartel de soldados pampangos, iglesia, casa para los religiosos y la del gobernador. Guarnecían los fuertes 61 piezas de artillería, unas de hierro y otras de bronce, del calibre de uno hasta el de 18. Los almacenes fueron provistos de pertrechos y municiones, mosquetes, arcabuces, bayonetas y demás armamento.

A instancias de los padres recoletos, determinó también Bustamante el establecimiento de un presidio en Labo, punta la más meridional de la importante isla de la Paragua.

Para confirmar la cesión de la parte de esta isla, perteneciente al sultán de Joló, fué de embajador D. Antonio Pérez Gil, efectuándose dicho acto con toda formalidad. En su vista, pasó á Labo una escuadra bajo las órdenes del sargento mayor D. José de Aroza, alcalde mayor de la provincia de Otón, llevando por capellanes á los PP. Fr. Juan de la Encarnación y Fray Manuel de San José. Concurrieron á dicho punto el castellano del presidio de Taytay, D. Fernando Vélez de Arce, y D. Antonio Pérez Gil, y en el sitio que creyeron más á propósito se construyó un pequeño baluarte, coronado por alguna artillería de poco calibre.

En Enero de 1720 decretó la Junta de guerra, convocada por el Arzobispo gobernador D. Fr. Francisco de la Cuesta, el abandono del presidio de Labo, obedecien-

do esta determinación, más que á justas causas, al odio contra el mariscal Bustamante, que le había fundado. Parte de las fuerzas que guarneceían aquel punto fueron á reforzar el presidio de Taytay.

En el acto se fortificaron los moros en Ipolote, desde donde salían á piratear por las costas de Calamianes y Mindoro, causando inmenso daño á ambas provincias.

El restablecimiento del presidio de Zamboanga produjo en los feroces mahometanos grande descontento. Poniéndose á su cabeza Dulasi, reyezuelo de Butic, ataca á Zamboanga el 8 de Diciembre de 1720, siendo rechazado. Unidos sus partidarios con los sultanes de Mindanao y Joló, en número próximamente de 5.000, con multitud de embarcaciones, pusieron sitio á la población,teniéndola en riguroso asedio durante dos meses. El gobernador, D. Sebastián Amorrea, hizo prodigios de valor en defensa de la plaza, vigilando día y noche para impedir que realizaran su intento, lo que quizá hubieran conseguido de prolongar algo más el cerco, porque escaseaban los recursos y yacían enfermos casi todos los españoles.

Desesperados y llenos de despecho los moros malayos, marcharon contra Linacapan (Calamianes), incendiando el pueblo, á cuyo párroco, Fr. Manuel de Jesús María, dieron muerte, volviéndose á sus islas con muchos cautivos.

El 10 de Julio de 1721 salió contra los piratas moro-malayos de Mindanao el general D. Antonio Rojas, de orden del gobernador de Filipinas marqués de Torre Campo, pero regresó á los dos meses sin haberles inferido daño alguno; ellos, en cambio, cometieron en Agutaya, Cuyo y Mindoro inicuos atentados.

A fin de refrenar sus atrevimientos, despachó Torre Campo una armada de tres galeotas, cuatro champanes, dos bergantines y tres lanchas, bien pertrechadas de municiones y de gente, con orden de que se les reunieran las caracoas de Leyte y Cebú. Iba al frente de esta escuadra el general D. Andrés García Fernández, llevando por segundo á D. Juan Panales Carranza. Subdividióse la fuerza en tres grupos: uno á cargo del general, otro al de D. José Jorge de Illumbe, y el tercero al de D. Francisco Cárdenas Pacheco. El 26 de Enero de 1723 llegaron á Cebú, menos una de las galeotas de Illumbe, que naufragó en Sorsogón. Súpose que los moros asolaban las costas de Isla de Negros, y el general hizo salir en busca del enemigo á Illumbe y Cárdenas bajo las órdenes de Carranza. El 6 de Febrero avistaron 40 caracoas piratas. El viento no permitió maniobrar bien á los buques españoles, que andaban dispersos y sotaventeados. Vieron entrar á los moros en una ensenada, y al abandonarla al día siguiente comenzó Cárdenas á perseguirles, pero las malas disposiciones del almirante permitieron que ganaran la costa. El jefe superior, García Hernández, había quedado enfermo en Iloilo, donde murió. Su segundo, Carranza, puso el rumbo á Zamboanga. Aquí acordaron, en junta, pasar á Joló, pero al recibir en el camino un despacho del comandante de Dapitan, manifestando que los moros cercaban el presidio de Iligan, fué Cárdenas á este punto. Habían marchado ya los piratas, reunióse á la escuadra, y en junta de oficiales se decidió la vuelta á Manila, so pretexto de que la estación no era á propósito para ir á Joló. Esta inútil y costosa expedición no produjo más resultados que envalentonar á los moros.

En el mismo año de 1723 dirigió otra expedición el

castellano de la fuerza de Santiago, D. Juan de Mesa, logrando recuperar la Sabanilla. En la refriega, que fué sangrienta, murieron algunos dattos.

El sultán de Joló mandó á Manila al chino Kikua, con el encargo de solicitar paces (1725). Torre Campo, después de oír á la Junta de guerra, hizo que saliera para dicha isla el alcalde mayor del Parian, D. Miguel de Aragón, con dos galeotas, una de éstas al mando de D. Ignacio Iriberri. Fué bien recibido del monarca joloano, y ajustó con él un tratado cuyas principales cláusulas fueron:

Que los joloanos podían tratar y contratar libremente en Manila y demás provincias, llevando licencia firmada por el sultán, y en igual forma los españoles en Joló, con licencia del gobernador de las islas ó del de Zamboanga.

Que los cristianos, cautivos ó no, que se hallasen en Joló, podían embarcarse desde luego con el embajador, según bando que para su conocimiento debería publicar el sultán.

Que si huyeren de Joló algunos vasallos del sultán, se les hiciera volver á dicha isla, á menos que prefiriesen abjurar sus creencias por el catolicismo, en cuyo caso había que pagar el rescate de los esclavos á razón de 40 pesos por los hombres y mujeres estando sanos, 30 por los no sanos, y 20 por los muchachos. Siendo libres no era necesario el rescate.

El sultán se obligaba á restituir á España la isla de Basilan.

Caso de estar en guerra el sultán con sus enemigos, éstos no serían socorridos por los españoles, y viceversa; pero si la guerra fuese con enemigos de ambos contratantes, podrían auxiliarse, partiendo por mitad las

piezas que se lograrian, menos los cautivos cristianos, que se adjudicarían á España.

Firmaron el convenio en 19 de Diciembre de 1726 el sultán y D. Miguel Aragón, y varios españoles y dattos joloanos como testigos.

Estas capitulaciones merecieron la aprobación de la Junta de guerra, ratificándose solemnemente en Manila, á donde envió el sultán un embajador con plenos poderes.

A poco de firmarse este tratado apresaron los moros un barco de la propiedad de D. Manuel Ochoa, general de Cebú; dieron muerte á todos los tripulantes, y á su capitán, que era español, lo desollaron vivo, despedazándolo después poco á poco, hasta que rindió la vida con tan bárbaro suplicio.

Una escuadrilla de joloanos asaltó el pueblo de Ma-naol, en Mindoro. Al cabo de una breve lucha con los indígenas, saquearon sus casas y la iglesia, llevándose cuanto contenía de valor é incendiando el pueblo.

Otra puso sitio á Cateel, presidio situado á un extremo de la provincia de Caraga. Dirigió la defensa, con gran valor, el recoleto Fr. Benito de San José, viéndose á las mujeres acudir á las murallas con armas para rechazar el asalto de los moros. Éstos levantaron el cerco, muriendo á poco el esforzado fraile de resultas de las fatigas de su activa campaña.

CAPÍTULO XV.

Gobierno de D. Fernando Valdés.—Mejora las defensas de la plaza.—Atacan los moros de Tawi-Tawi á Taytay.—Valerosa defensa de la guarnición.—Crueldad de los moros con un leal indígena.—Expedición contra los joloanos.—Castigos que sufren éstos y los isleños comarcanos.—El sultán de Tamontaca pide auxilio á los españoles contra el príncipe Malinog.—Se le concede y es derrotado éste.—Daños en Joló y Basilan.—Nuevo auxilio á los de Tamontaca.—Malinog da muerte al sultán.—Su hijo reclama la protección de España bajo condiciones ventajosas, y se le otorga.—Escasos resultados de esta campaña.—Intenta el régulo de Tawi-Tawi tomar á Zamboanga.—Es rechazado.—Combate favorable contra el datto Ynog.—Los moros intentan tomar á Linacapan.—Medidas del gobernador para contener estas piraterías.—Nueva é infructuosa agresión de los moros contra Taytay.—Estipulaciones con el nuevo sultán de Joló.—Expedición contra los tirones.—Combate con los holandeses.—Cautiverio de un fraile recoleto.—El gobernador decreta el corso contra los piratas.

A los ocho años justos de gobernar las islas el marqués de Torre Campo, le sustituyó el brigadier D. Fernando de Valdés y Tamón, caballero de Santiago, tomando posesión el 14 de Agosto de 1729.

Una de sus primeras medidas fué, al enterarse del lamentable estado de la plaza, en cuanto á armamento y municiones, disponer la adquisición de 1.500 fusiles con bayoneta, cuyo encargo quedó en realizar D. Pedro Quijano; pero no pudo conseguir de los holandeses la venta de dichas armas (1).

(1) De la información que mandó hacer el gobernador aparece que solamente había en almacenes 25 arcabuces de cuerda, fabricados en el país; 120 mosquetes vizcaínos; 40 tercerolas de chispa; 60 alfanjes turcos, y 40 machetes.

Reparó las fortificaciones de Manila, mandó hacer una casa-mata para la pólvora y formar estacadas para el mejor resguardo de la plaza.

En Mayo de 1730 salió de Tawi-Tawi una escuadra compuesta de 20 grandes embarcaciones, y multitud de menor porte, tripulada por 3.000 hombres, provistos de buen armamento, bajo el mando de un hermano del sultán de Joló, apodado *Bigotillos*.

Después de efectuar robos y cautiverios en las costas de la Paragua y en la isla de Dumarán, separada de aquélla por un estrecho canal, marchó contra el presidio de Santa Isabel, de Taytay, pretendiendo que el fiscal mayor de Dumarán, D. Jerónimo Sundilun, que era uno de sus prisioneros, lo guiase por sitio seguro para caer sobre Taytay.

El buen anciano le condujo por el camino más largo, dando tiempo á que la guarnición se apercibiera de la llegada de los moros.

Gobernaba dicho presidio D. Pedro Lucena. Prevínose á la defensa, viendo á poco sitiado el fuerte por mar y tierra. Las armas de los piratas no eran suficientes para causar grande daño al fuerte, ni las de éste bastaban á contener á los agresores, parapetados tras de altas piedras.

La falta de agua y de víveres puso en gran aprieto á Lucena; mas tuvo la suerte de que un principal de Cuyo, D. Alejandro Parvino, que ignoraba el cerco, llegara á Taytay con una embarcación mercante. Dicho atrevido arráez, atravesando el cordón de las naves joloanas, se puso al abrigo del fuerte y socorría á la guarnición con víveres y agua.

Duró veinte días el asedio, sin éxito alguno, retirándose al cabo los moros, después de quemar la iglesia y

casas del pueblo extramuros. Algunos de los principales dattos y muchos joloanos perecieron en sus repetidos asaltos contra la ciudadela.

Fuéronse á Ipolote, y en el camino martirizaron cruelmente al anciano Sundilun, cortándole, con intervalo de algunos días, los labios, la lengua, las narices, los pies y las manos, y azotándole sin piedad, hasta que exhaló el postrer suspiro, en venganza de que no habían realizado su intento de sorprender el fuerte.

La Junta de guerra, á propuesta del gobernador, dispuso el envío á Taytay de 50 hombres con los pertrechos y provisiones necesarias, en reemplazo de las pérdidas sufridas.

En vista de la aflictiva situación que atravesaban las provincias del Sur de Filipinas, con motivo de los incesantes ataques de los piratas de Mindanao y Joló, convocó el nuevo jefe á junta á los sujetos más experimentados y conocedores de la localidad, á fin de adoptar una resolución acertada que pusiera término al mal existente.

Después de discutir con amplitud el asunto, se convino en activar la construcción de buques y hacer cuantos aprestos fueren necesarios para el mejor éxito de una expedición á sus islas.

En Febrero de 1731 salieron de Cavite cuatro galeas recién construídas, tripuladas por 140 soldados y 30 artilleros españoles, 30 marineros, 44 grumetes y nueve cómitres ó capataces de 376 forzados al remo, bajo las órdenes del general D. Ignacio de Iriberri, yendo de jefes en las demás naves D. Manuel del Rosal, D. Pedro Zacarías Villarreal y D. Andrés de Palacios.

Incorporáronseles en Zamboanga dos fragatas, cua-

tro paquebots ó champanes, una tartana, una falúa, ocho caracoas visayas y dos de lútaos. Tras de una breve y feliz navegación fondeó la escuadra en Joló. Defendían la plaza cinco fuertes de estacas y uno de piedra, edificado sobre el que fundara el ilustre general Corcuera en 1638, artillados con 10 cañones de grueso calibre, y muchas piezas menores en los demás.

El ataque y la defensa fué terrible por ambas partes; pero la victoria se declaró por los españoles, sucumbiendo en la lucha dos dattos. Cogióseles el estandarte real del datto Salicala, y fueron pasto de las llamas sus casas y embarcaciones.

Villarreal pasó con su galera y cuatro buques menores á la isla de Talobo, cuyas salinas, que constituían una gran riqueza para ellos, destruyó, quemándoles también el pueblo y todos sus barcos.

El capitán Palacios desembarcó frente al fuerte de Bual, que defendía el príncipe Salicala con una extensa línea de baterías sobre la playa; le mató bastante gente, y redujo á cenizas casas y sembrados. La expedición regresó á Zamboanga. A mediados de año fué Villarreal, al mando de 600 hombres de desembarco, á la isla de Capual, situada á milla y media de Joló; quemó tres pueblos, destruyó salinas, casas, sembrados y buques, no sin luchar ardientemente los moros, regresando á Manila la escuadra por el mes de Junio.

El sultán de Tamontaca, Maulana Diafar, solicitó el auxilio de los españoles para combatir al príncipe Malinog, que se había sublevado con el apoyo de los dattos de treinta pueblos del río grande de Mindanao, proclamándose sultán de Salangan. Esperaba además el revoltoso magnate tener de su parte á los holandeses, en virtud de gestiones con ese objeto practicadas.

En Noviembre de dicho año 1731 salió de Manila el comandante Villarreal con dos galeras y dos champanes; reforzó su escuadra en Zamboanga con otras dos galeras, una falúa, una piragua y una caracoa tripulada por lútaos. El sultán de Tamontaca recibió al jefe español con grandes fiestas, saludando la bandera nacional con salvas de artillería. Tenía ya dispuesta su escuadra, ó sean 11 embarcaciones grandes y 30 menores, al mando de dos príncipes, en cuyos buques iba multitud de gente de guerra, la que se puso á las órdenes de Villarreal. Emprendieron la marcha, y á la entrada del río hallaron un fuerte construído bajo la dirección de un ingeniero holandés y defendido por ocho cañones y 300 hombres. El fuerte fué tomado al cabo de algunas horas de lucha. Se demolió éste, inutilizando los cañones, y cogieron muchas armas. Dos leguas río arriba avistaron la residencia de Malinog, pueblo grande, resguardado por seis fuertes, con 30 cañones del calibre de 6, 8 y 12. Entablóse el ataque; peleando bravamente murieron muchos moros, y entre ellos el príncipe Tambul, general de las armas. Quemaron tres pueblos, destruyendo las sementeras, árboles y ganados. Al regresar los expedicionarios á Tamontaca, el sultán, agradecido, devolvió siete cautivos que había en su reino, algunos de los cuales llevaban catorce años de cautiverio, y obsequió grandemente á las tropas.

De vuelta la escuadra en Zamboanga pasó á las costas de Joló y de Basilan, haciendo muchos cautivos y el mayor daño posible.

Los buques procedentes de Manila fondearon en la bahía de la capital en Junio de 1732.

Con idéntico fin de prestar auxilio al sultán de Tamontaca partió otra expedición en Enero de 1733. Di-

rigía las fuerzas de tierra el capitán D. Juan Antonio Jobe, y las de mar D. Félix Téllez Girón.

Mientras peleaban los españoles, en unión de las fuerzas aliadas, contra los defensores de la corte de Malinog, éste invadió con 300 piraguas la capital de Tamontaca, dando muerte al sultán. Los expedicionarios españoles regresaron á Manila.

Amuril Mahomenin Campsa, hijo del sultán Maulana Diafar, escribió el 30 de Marzo de 1733 al gobernador general de Filipinas, exponiéndole la triste situación á que le tenía reducido Malinog desde que éste diera muerte á su padre, y demandaba una vez más el auxilio de los españoles, como aliado y súbdito del monarca católico, manifestándose dispuesto á ratificar las capitulaciones que su padre firmara. En idénticos términos se expresaba también su hermano el príncipe Linicom.

Dirigiéronse asimismo al gobernador de Zamboanga D. Juan Antonio de la Torre, el cual envió dos galeras á recorrer la costa, mandadas por D. Félix Téllez Girón. A su regreso se embarcó para Manila, como embajador, el príncipe Basal, que fué recibido por el jefe supremo de las islas con las mayores demostraciones de afecto, dispensándole los honores debidos á su rango.

El sultán de Tamontaca se obligaba, para combatir á Malinog en unión de las fuerzas españolas, á tener disponibles 400 hombres armados con lanzas, crises y corazas; cuatro caracoas con la artillería y tripulación necesaria; dos balsas de cuatro barotos cada una, con trincheras, artillería y gente mantenida á su costa, y 60 barcas grandes para transportar la tropa á donde el general dispusiere. Pedían el envío de 3.000 boholanos y de 100 soldados de otras provincias, con las galeras y embarcaciones que fuere preciso. Una vez terminada

la campaña y en posesión el sultán de Salangan, ofrecía fortificar y mantener sus dominios en la obediencia del Rey de España, pudiendo los españoles levantar fuertes en su territorio y destinar misioneros para instruir á los que voluntariamente quisieren convertirse al cristianismo.

Por último, se comprometían, en recompensa de los gastos que la expedición irrogaba, y en señal de vasallaje, á contribuir todos los años con cierto tributo, recomendándose á la consideración de la autoridad superior, á fin de que en los primeros años no se les apremiase demasiado sobre este extremo, por la escasez que necesariamente les ocasionaría la campaña.

Sometidas estas proposiciones á la Junta de guerra, y oído el fiscal de S. M., se determinó socorrer al nuevo sultán, enviando al efecto una escuadra á las órdenes del general D. Francisco Cárdenas Pacheco.

Reforzada en Zamboanga, salió el 18 de Febrero de 1734. En la ensenada de Sibuguey reunióse toda la escuadra: á los nueve días pasaron Punta de Flechas, y desde aquí se dividió en dos cuerpos, uno por la costa y otro mar á fuera, á cargo éste de D. Pedro Zacarías Villarreal. La que dirigía Cárdenas fué á la Sabanilla de Tuboc, en cuya barra dió fondo. Practicado un reconocimiento en el río, y en vista de que estaba en él la escuadra de Tawi-Tawi, se convino, en consejo de oficiales, efectuar en seguida el desembarco. Realizóse con buen orden, reuniéndose en tierra al amanecer 150 soldados y 600 indios. Avanzaron hasta encontrar á los moros: la infantería les ganó el campo y les hizo reembarcarse. La tropa llegó hasta las cercanías del fuerte, sosteniendo con sus defensores vivo tiroteo por espacio de dos horas. Mandó el general que avanzasen

los auxiliares indios en apoyo de la tropa, pero no hubo forma de conseguirlo; notando el cansancio de los soldados tocó retirada, replegándose sobre un montecillo próximo. Vióse en esto acudir multitud de moros, y el general dispuso que se los rechazase disparando lantacas y fusiles; mas al oír sus gritos de victoria y venganza, y que decían haberse apoderado de los botes, entró tal pánico á los indios, que emprendieron la huída. En vano quiso el general contenerlos; cundió el desaliento en la tropa, arrollada por los que huían, y precipitándose unos sobre otros lograron ganar los botes, gracias á que los mahometanos no supieron aprovechar las ventajas de la desbandada de sus adversarios. Una vez á bordo les fué fácil impedir, con los pedreros de las embarcaciones grandes, que se acercasen á la playa. Murieron en esta refriega 12 soldados, 9 indios y 4 forzados.

Por la noche llegó la almiranta y aconsejó su comandante atrincherar las galeras para el combate mientras se reunía el resto de la escuadra. Tres días después, disminuyendo el peso de las galeras, se las hizo avanzar por el río hasta donde pudiesen batir el fuerte y proteger los flancos de las tropas. Desembarcaron las fuerzas sin oposición, defendidas por el fuego de las embarcaciones situadas cerca de la playa. Formaban en la vanguardia 600 indios coraceros, 300 de tropa en el centro y 700 indios en la retaguardia, bajo las órdenes del valeroso Villarreal, quedando de reserva dos compañías de á 50 hombres y 600 indios coraceros, con el encargo de formar una trinchera.

Villarreal ordenó sus fuerzas en batalla, arrojándose al combate con valor; pero á pesar de su bravura y pericia obtuvo escaso éxito, no sólo por la superioridad del enemigo, cuyas fuerzas ascendían á 4.000 hombres,

dirigidas por el príncipe Balte, el datto Doria, muchos famosos dattos de Tawi-Tawi y los valientes Illanos, sino porque los auxiliares indios, y aun parte de las tropas, emprendían á lo mejor la huída, descomponiendo todo su plan (1).

En vista del mal sesgo de la campaña, resolvió el general trasladarse á la silanga de Malinog.

Fué feliz la travesía: pudo la escuadra ganar el río, y al ver esto los que guarneceían á Lubungan, incendiaron sus fuertes y sus casas. El general dió orden de continuar hacia Malinog; destacó á Villarreal con su galera y ocho caracoas para que, unido con otra galera y las embarcaciones de Tamontaca, fuese á tomar el fuerte de Cabuntalan, yendo Cárdenas á cortar la retirada de Malinog en Lubungan. Cumplió aquel jefe su cometido, después de cañonear el fuerte todo un día, en donde cogió dos cañones: lo hizo quemar, y regresó á reunirse con Cárdenas. Éste había levantado una trinchera, coronada por dos cañones de á 4 y un morterillo, comenzando el fuego con el auxilio de dos galeras próximas á la trinchera. Villarreal construyó otra trinchera hacia la parte opuesta del fuerte, en tierra firme, á distancia de un tiro de fusil. Determinó Cárdenas dar un grande asalto á la fortaleza: duró tres horas el combate; lo cenagoso del terreno, la acertada defensa de los moros y los obstáculos que impedían á los buques acercarse, por estar cortado el río con una grande estacada, que fué imposible destruir, imposibilitaron la toma del fuerte, á pesar de sostener los sitiadores vivo fuego du-

(1) Relación de la empresa contra la Sabanilla de Tuboc, que Malinog, rey levantado de Mindanao, padre del rey de Joló, intentó con 26 embarcaciones de armada el año de 1734: Madrid, 1734.

rante tres horas y de haberse aproximado tanto los granaderos, que metían sus granadas en el recinto fortificado. Viendo el general que las tropas estaban fatigadas, mandó cesar el fuego, retirándose en buen orden con todos los heridos, que eran 26 de tropa y 17 indios, habiendo muerto ocho soldados y 13 indios. Al día siguiente embarcaron la artillería: la escuadra pasó á la Silanga, en donde se detuvo veinte días para dar tiempo á que el príncipe Linicom edificara fortalezas con que defender sus dominios.

El jefe de la expedición pactó con los príncipes de Mindanao las siguientes condiciones:

Se les otorgaba libertad comercial en todo Filipinas, llevando sellados sus pasaportes, y del mismo modo á los españoles en sus sultanatos con licencia del capitán general. Permitirían el ejercicio de la religión católica y el establecimiento de fuertes, artillados y guarnecidos por españoles, en la Silanga y en Tamontaca; habría amistad y paces, prestándose mutuo auxilio en las guerras con sus enemigos; devolverían desde luego todos los cautivos, armas, campanas y vasos sagrados que hubiesen extraído de las provincias filipinas, abonando, en su defecto, 200 picos de cera. Debía contribuir el sultán con la equivalencia de 4.000 tributos en los efectos que produjera su reino, conduciéndolos anualmente á Manila un príncipe de la sangre, ó en caso de legítimo impedimento á Zamboanga, y que para la ratificación de este tratado mandaría á Manila una embajada.

Fué firmado este convenio, con toda solemnidad, por los jefes de la escuadra y por los magnates moros.

De regreso de Mindanao, en Junio del mismo año, hizo Villarreal una brillante campaña contra Basilan,

destruyendo pueblos y embarcaciones y cogiendo un gran botín (1).

Según Cárdenas, la amistad de los de Tamontaca no era leal, y bien claro se patentizó al no prestarse á devolver los cautivos cuando llegó el caso de cumplir esta parte de las estipulaciones.

El reyezuelo de Tawi-Tawi, *Bigotillos*, logró apresar un champán que conducía víveres á Zamboanga, y lo transportó á sus islas con los 17 individuos que lo tripulaban.

Seis meses después (1734), salió con siete embarcaciones y 300 hombres, recogió en Joló 150 más y puso el rumbo á Basilan, donde se le unieron otros 20 moros, concertando con ellos el modo de sorprender la fuerza de Zamboanga. Sintió ruido el centinela cuando estaban próximos al baluarte de San Felipe, dió la señal de alarma, y tan oportuna fué la llegada de los jefes, que ya los moros escalaban el fuerte, siendo rechazados con bastantes pérdidas.

El datto joloano Ynog, residente en el río de Balian, junto á Sibuguey, apresó una embarcación mercante de

(1) "En las armadas que se han hecho desde el año de 1719, que han sido siete, hemos experimentado en ellos (los moros) mucha curia en atrincherarse, mucha industria en defenderse, gran astucia en emboscarse, gran reparo en acometer, gran osadía en seguir, mucha artillería, buena pólvora, mucha destreza, y aun hemos advertido entre sus campos muchos holandeses por artilleros; y lo cierto es que sus nuevas fortificaciones, en particular en Joló, son de ingenieros conocidamente."

(*Disertación histórico-política*, en que se trata de la extensión del mahometismo en las islas Filipinas; grandes estragos que han hecho los mindanaos, joloos, camucones y confederados de esta secta en nuestros pueblos cristianos; medio con que se han contenido y uno congruente para su perfecto establecimiento, escrita en forma de diálogo, por el Padre Fr. José Torrubia, religioso franciscano: Madrid, 1736. Pág. 48.)

Cápiz. El gobernador de Zamboanga, La Torre, envió contra aquél, con dos pequeños buques, al capitán Don Juan González del Pulgar y al alférez Antonio de Lucena, ocho soldados en cada barco, un artillero, cuatro marineros y treinta forzados. Encontrado el buque pirata en el río de Lutiman, lo atacó Pulgar con tanto arrojo, que, no obstante el nutrido fuego de lantaca y de espingarda de los moros, les hizo desamparar su buque. Aún siguieron el tiroteo resguardados por unos mangles para defender la presa; pero al ver morir á su jefe y á un pandita abandonaron el barco á sus vencedores, destrozándoles además otras cuatro embarcaciones pequeñas. Entre los despojos del buque había varios alcoranes.

También en 1734 atacaron los moros á Linacapan, sin poder tomar el pueblo, por haberse hecho fuertes sus naturales en un cerro de difícil acceso, en el que se defendieron briosamente.

El 1.º de Diciembre del mismo año salió de Cavite otra armadilla á cargo del capitán D. Andrés Palacios, para socorrer el presidio de Taytay, que de nuevo estaba cercado de moros.

Verdaderamente inquieto el gobernador general con la tenaz lucha de los malayo-mahometanos, reunió la Junta de guerra para ver qué medidas convenía adoptar, y después de amplia discusión y de exponer cada cual su dictamen, resolvió que los pueblos costeros construyeran atalayas y baluartes para vigilar los mares y resistir, en caso de ataque, á los piratas, mandando también á los alcaldes mayores que trasladasen el vecindario de los lugares poco habitados á sus inmediatos, para que la población de cada uno no bajara de 500 tributantes, dándoles armas. Dispuso igualmente la creación de galeras guardacostas y que fuesen algunos

buques á los puntos más amenazados para estar prontos á salir contra los piratas, autorizando á los filipinos para armar sus embarcaciones en corso y servirse como esclavos de los prisioneros que hicieren.

En 1735, cayeron sobre el fuerte de Taytay 2.000 joloanos y mindanaos, cercándolo por tierra y por mar.

Hallábase á cargo del capitán Cienfuegos, cuyo valeroso jefe se previno á la defensa con celo, auxiliándole en ello el P. Fr. José de Santo Tomás de Villanueva y dos religiosos más. Uno de éstos, Fr. Antonio de Santa Ana, quedó herido gravemente y murió á poco.

Tan seguros estaban los moros de conseguir la victoria, que un fanático santón, acercándose á la muralla, dijo á los sitiadores que estuviesen prevenidos, porque al día siguiente iban á dar el asalto y á pasarlos á cuchillo. La guarnición indígena se contristó toda, y costó no poco trabajo al gobernador y á los religiosos persuadirles de su injustificado pánico. Cumplieron los moros la primera parte de su aviso, arrojándose en número de 1.500 sobre la fortaleza por tres distintos puntos, mientras sus buques lo cañoneaban por el frente, pero la artillería hizo en ellos grande estrago. Rechazados cuerpo á cuerpo algunos que lograron escalar el muro, tuvieron que desistir de su empeño, dejando el campo cubierto de cadáveres y de heridos, armas y despojos.

En 1736 recibió el gobernador de Filipinas cartas de los príncipes de Tamontaca, en que se quejaban de la pertinaz guerra que les hacía Malinog, y pidiendo, en virtud de los convenios vigentes, que se les remitieran en préstamo dos cañones de á 10, pólvora y balas, con la promesa de devolverlos, y de que antes perderían la vida que los cañones. Accedió el gobierno á esta peti-

ción, yendo un champán á llevarlos, en cuyo buque embarcó también el embajador y su comitiva.

En 1735 fué elevado al sultanato de Joló Mahamad Ali-Mudin, en virtud de renuncia de su padre Maulana, que le hizo además rey de Dongón y Tawi-Tawi. El viejo sultán intentó apoderarse del presidio de Zamboanga por medio de una traición, á cuyo fin envió ocho moros astutos para que, admitidos en paz y ganándose la voluntad de los indios con dádivas y protestas de amistad, les entregasen la fuerza.

Presos por el gobernador D. Francisco Sarmiento Valladares, y convictos de su traición, los hizo matar (1). Al recibir esta noticia el sultán Maulana, postrado en cama por penosa enfermedad, ciego de ira, se aceleró la muerte, dando con la cabeza en los maderos de su lecho.

En 1737 pasó á dicho reino el sargento mayor de Zamboanga, D. Juan González del Pulgar, de orden del gobernador de la plaza, á concertar con el nuevo rey la ratificación de las capitulaciones ajustadas con el sultán Maulana. Recibió Ali-Mudin con toda pompa al embajador, disponiéndole hospedaje y guardia para honra y resguardo de su persona. Fué el sultán á verse con el embajador; le dijo que algunos de sus vasallos se resistían á entregar los cautivos; que desde luego amparase á los que se refugiaran en su alojamiento, porque deseaba cumplir los convenios ajustados. Indicó que tenía en su poder 41 cautivos, á los que juntaría otros 30 para devolverlos.

Esto y el envío anterior de 78 cautivos y de dos

(1) "Así está escrito, y también que aquellos ocho hombres fueron al presidio sin tal intención: que fué antojo de jesuitas, quienes teniendo al gobernador por suyo, los hizo causa de traidores y los sentenció como tales."—(P. Concepción, tomo XII, cap. II, pág. 14.)

arras y una campana, probaban en él su lealtad, según dijo al embajador.

Pretendía, á su vez, que de los 40 prisioneros joloanos existentes en Filipinas, le fuesen devueltos 16 esclavos, y en caso de haberse hecho cristianos, que se los pagasen á 30 pesos uno, protestando devolver entonces más de 200 cautivos.

Con esta representación que hizo Pulgar, dió cuenta el gobernador de Zamboanga al Sr. Tamón, y mandó satisfacer al sultán el importe de dichos 16 cautivos, á fin de que devolviese los 200 indicados, á lo que no se prestaron luego los datos á quienes pertenecían (1).

Para ganar la voluntad de los españoles y acreditarse de leal, salió Ali-Mudin á campaña contra los piratas tirones, en unión del capitán D. Tomás Arrivillaga, pero en secreto los animaba á resistir, enviándoles aviso de que ocultasen en los pueblos del interior á los cautivos.

En Junio de 1735 fondearon en la bahía de Manila tres grandes navíos holandeses, mandados por el almirante Ury, á pedir la devolución de un buque de su país apresado por la marina española.

Dió origen á este suceso el siguiente hecho:

En Octubre de 1733 salieron de Zamboanga dos galeras guardacostas á cargo de D. Francisco Muñiz, con objeto de recorrer las de Mindanao. Hallándose en Tamontaca tuvo aviso aquel jefe de que se veía un buque holandés; fué en su busca y le intimó arbolase su bandera. La puso, empavesando el barco con flámulas y gallardetes. Reclamó la galera el bote, pero no hizo caso; le disparó un cañonazo con bala, no se dió por

(1) Este convenio de paz y amistad, fué aprobado por el Rey en cédula de 9 de Junio de 1742.

entendido, y así que la tuvo cerca, le disparó el buque holandés siete cañones de los diez que montaba, y en seguida los tres restantes á la otra galera que seguía á la capitana. Entonces se lanzaron ambas al abordaje, escalando el buque, sin embargo de su continuo fuego y de ofenderles sus tripulantes desde el trinquete con granadas y balas. Muñiz penetró el primero en la chalupa enemiga espada en mano. Le siguieron los suyos, y derribando la bandera neerlandesa, rindieron al capitán, Juan Vaningles, y á los 50 hombres que tripulaban el barco. La dotación de las galeras sólo ascendía á 45 hombres. Cogió Muñiz importantes despachos, una corona y un turbante que llevaban para Malinog.

Enviada la presa á Manila, prodújose en Batavia gran algarada por este hecho, calificándolo de infracción de la paz existente, no obstante haber hecho fuego dicho buque sobre los de la marina española y cogérsese los efectos de guerra que conducían para nuestros enemigos. De aquí la presentación en Manila de los navíos antes citados, y su amenaza de impedir la salida del galeón de Acapulco y de apresar el *San Cristóbal*, que se aguardaba en breve.

Instruyóse expediente acerca de la pretensión de los holandeses, y aunque había sido declarada buena presa la del buque que reclamaban, y hubo quien opinó por rechazar la exigencia, se convino al cabo en restituir los prisioneros y satisfacer 6.500 pesos por la chalupa y algunos de sus tripulantes que, por su conversión al catolicismo, prefirieron quedarse en Manila.

El 20 de Mayo de 1740 tres caracoas de moros tiro- nes atacaron en la ensenada de Guinsalagan una embarcación en que iba el padre recoleto Fr. Hipólito de San Agustín. Los indios se salvaron á nado, internán-

dose en los montes; mas el P. Hipólito, aunque logró ganar la playa con ellos, no pudo seguirlos y fué preso. Lleváronle á sus islas, y de aquí unos joloanos lo condujeron á su capital. El sultán trataba muy bien al padre, pero exigía 12.000 pesos por su rescate. En Octubre acudió de Zamboanga el rector de los jesuitas, convenientemente escoltado, á fin de satisfacer una cantidad moderada; mas el sultán persistía en su demanda, y al cabo se obligaron, por escrito, el rector y el cautivo á remitir dicha suma, recobrando su libertad en el acto. Más adelante, estando en Zamboanga el sultán, se contentó con 1.000 pesos.

En 1741 ordenó el gobernador del Archipiélago, Don Gaspar de la Torre, á los alcaldes mayores de Cebú, Leyte, Iloilo é Isla de Negros, la construcción de 36 embarcaciones capaces para conducir 80 hombres de armas y 18 remeros, siendo de cuenta de la Hacienda las raciones de la gente. Declaró que cuantos moros cogiesen serían esclavos de sus aprehensores, y que al principal que se distinguiera lo eximiría para siempre del pago de tributo, polos y servicios personales; permitía á los indios que fueran á combatir á los moros en sus tierras, y previno á los alcaldes que tuviesen en las playas vigías y atalayas para evitar sorpresas.